EMIR RODRÍGUEZ MONEGAL

EL JUICIO DE LOS PARRICIDAS

la nueva generación argentina y sus maestros

Deucalión
Buenos Aires, 1956

Sumario

Capítulo I	Martínez Estrada o la toma de conciencia
Capítulo II	Eduardo Mallea visible e invisible
Capítulo III	Borges, entre Escila y Caribdis
Capítulo IV	La nueva generación
Capítulo V	La otra orilla

PREFACIO

Hacia 1945 aparece una nueva generación en la literatura argentina. Esta generación no resulta visible de inmediato ni tiene (como la que hacia la misma fecha se perfila en el Uruguay) una fisonomía editorial propia. La literatura argentina mayor, la que dirigen los hombres de la generación de 1925, los llamados *martinfierristas*, apenas si advierte, con simpatía condescendiente o con cierto bieneducado fastidio, la aparición de los primeros adelantos del grupo. Y sin embargo, poco a poco, entre 1945 y 1955, estos jóvenes harán pesar cada vez más su opinión, proyectarán cada vez más lejos su palabra, hasta hacerse oír de los mismos a quienes comentan o atacan, hasta sacudir la modorra de semidioses o mandarines en que se refugian sus mayores.

Entre 1945 y 1950 esa generación ya ha conseguido expresarse en algunos nombres, el más obvio de los cuales es el de H. A. Murena, crítico joven que en 1948 se instala en *Sur*, el baluarte de la generación del 25, y desde allí mismo socava algunos de los fundamentos de esa generación en artículos polémicos sobre Borges y los *martinfierristas*, sobre Martínez Estrada, o en apasionadas notas escritas con fervor apocalíptico y sintaxis tupida. El mismo Murena salta luego a *La Nación* y desde ese órgano de indudable cuño conservador prosigue a ratos su labor de juez de juicio final, escuchada con decorosos bostezos que ocultan el resentimiento de los mismos contra los que escribe. Un intento de fundar su propia revista, provocado por algunas fricciones con *Sur*, se concreta en la aparición de *Las ciento y una*, publicación que no alcanza a prosperar por la intervención de un susceptible e influyente hombre de letras de la generación intermedia que sabía iba a ser criticado. (Así, por lo menos, lo refiere el folklore local).

La Nación y *Sur*, los dos órganos de publicidad literaria más perdurables en la Argentina, estaban dirigidos por integrantes de la generación del 25; los jóvenes debieron someterse a la tutela de éstos y vegetar como tímidos y resentidos epígonos o debieron lanzarse a la fundación azarosa de pequeñas revistas que fueran sus propios órganos de publicidad y en las que pudieran decir lo suyo. De estas revistas, de los intentos repetidos y frustrados de creación de estas revistas, sobreviven algunas que no es el momento de historiar en detalle. *Buenos Aires literaria* (fundada en 1952 y ya fallecida) pudo haber sido *la* revista de la nueva generación; prefirió ser más general y sólo fue, en definitiva, una revista de epígonos, en que el mejor material pertenecía siempre a los consagrados, nacionales y extranjeros. Ya en 1954 aparecen dos revistas que parecen comprender y practicar mejor el sentido de una renovación a fondo de las letras argentinas; se llaman, con apelativos sociológicos, *Contorno* y *Ciudad*. En ambas se intenta (y a veces con los mismos colaboradores) una revisión de los valores más importantes de la generación del 25; se dedican números a Ezequiel Martínez Estrada (ambas revistas), a Borges (C*iudad*), a la novela argentina (*Contorno*). Lo que las vincula es ser órganos de la nueva generación. De sus profundas y en algunos casos inconciliables diferencias, habrá luego oportunidad de hablar extensamente.

En vísperas de la caída del régimen peronista (que ha dado a esa generación el tan necesario estímulo negativo) aparecen ambas revistas juveniles, y ya no se puede no advertir hasta qué punto ha cambiado el clima de la literatura argentina. Muchas fuerzas actúan sobre esta generación nueva. El peronismo con su total y bárbara renovación de valores es una de las más importantes. Pero no se comprendería el peronismo (como provocación y hasta agente de escándalo) si no se vinculara intelectualmente esta generación nueva con los intentos apocalípticos del existencialismo de la segunda postguerra. Porque lo que caracteriza con vigor a estos jóvenes es el manejo de una terminología filosófica que tiene sus raíces en el vocabulario fabricado entre 1940 y 1945 por Merleau-Ponty, Sartre, Camus y otros, en la Francia ocupada, liberada y vuelta a ocupar por el Occidente en esta última década.

Con el cuadro intelectual del existencialismo francés como instrumento de trabajo y de pensamiento, con la realidad argentina modificada por la revolución peronista, estos jóvenes de 1945 se vuelven a examinar su circunstancia literaria y hunden su mirada inconformista en los hombres de la generación del 25. De los muchos valores propuestos por la crítica rutinaria (Argentina padece en este siglo de una carencia suicida de crítica literaria que tenga responsabilidad social, además de la estética) los jóvenes eliminan, sin análisis, por

su sola inanidad a casi todos los nombres prestigiosos. Se quedan con algunos a los que atacan o veneran (mejor sería decir: atacan-veneran) con cierta violencia saludable. Entre esos nombres figuran Roberto Arlt (a quien *Contorno* dedicó un número que no he podido ver), Horacio Quiroga, Leopoldo Marechal. Pero de todos, los que más han concitado el elogio y la diatriba en grado diverso, son Ezequiel Martínez Estrada, Eduardo Mallea, Jorge Luis Borges.

No todos los jóvenes aparecen dedicados a esta labor de demolición. Muchos, y tal vez los más originales, sólo actúan en el plano de la creación, estableciendo con su obra, incipiente pero ya indicadora de futura madurez, la nueva literatura argentina**.** No es de éstos de quienes cumple ocuparse hoy. Ya habrá tiempo y perspectiva para hacerlo en los años venideros. Sino de los que inician su obra con la toma de posición como nuevo grupo, de los que parten de un análisis ceñido de la realidad dada, *su* realidad, como acto previo a toda creación y a toda obra. Muchos de éstos (como ha pasado en la generación paralela de las letras uruguayas) tal vez no superen con su acción la etapa de examen y crítica; muchos de ellos tal vez queden sólo como zapadores o pregoneros de la nueva literatura. Pero ahora, en este preciso instante, es su obra de crítica la que importa medir si se quiere reanudar ¯después de los años de separación impuestos por el régimen peronista¯ un diálogo a través del Plata. Porque son estos jóvenes discutidores los que muestran, en lo bueno y en lo malo, en virtudes y excesos, la tónica de una nueva generación argentina.

Parece útil, como prólogo a una toma de contacto más detenida y matizada de la nueva generación argentina, repasar ahora en vista panorámica y desde esta orilla, esos intentos de revaloración en que están empeñados los jóvenes argentinos. La cortina de lata (como la llamó un humorista) ha estado demasiado tiempo separando ambas márgenes del Plata como para que no haya de temerse que de recientes efusiones recíprocas e intercambio dirigido que provocaron los acontecimientos de los últimos meses, no surjan en definitiva más confusiones (aunque temporarias) que verdadero reconocimiento. Como un intento de aproximarse a la realidad literaria argentina que cuenta y contará cada día más, deben ser entendidas estas reflexiones y anotaciones sobre los jóvenes y sus maestros.

CAPÍTULO I

MARTÍNEZ ESTRADA O LA TOMA DE CONCIENCIA

LA PRIMERA LECTURA

De los tres escritores que mayor importancia tienen para determinar la posición actual de la nueva generación, Ezequiel Martínez Estrada es, sin disputa, el más influyente. No sólo se advierte esto por la frecuencia con que se le cita y se le sigue: lo dice con enorme elocuencia el hecho de que sea a él a quien se ha dedicado el análisis más profundo y constante. En cuatro publicaciones de estos últimos años se puede encontrar la huella de la influencia y la provocación que significa Martínez Estrada para los jóvenes escritores. La primera, cronológicamente, es un estudio de H. A. Murena que se titula: *Reflexiones sobre el pecado original de América* (en *Verbum*, Nº 90, agosto 1948, pp. 20/41) en que se parte del *Sarmiento* para fundamentar una teoría propia. Pero no es este artículo sino uno posterior el que permite fijar nítidamente la posición de Murena con respecto a su maestro. El nuevo examen se titula *La lección de los desposeídos: Martínez Estrada*. Fue publicado originariamente en *Sur* (octubre, 1951) y está recogido con modificaciones en el volumen: *El pecado original de América* (Buenos Aires, *Editorial Sur*, 1954, p. 105/129) .

Murena empieza declarándose su discípulo, lo que no era casi necesario, dada las claras vinculaciones de su retórica con la de Martínez Estrada. Para decir por qué encontró su maestro en este escritor singular hace Murena la historia de su propia formación intelectual: de su autodidactismo (que arroja tanta sombra sobre sus más aventuradas afirmaciones críticas), sobre el descontento de la realidad cultural argentina en que estaba inmerso, descontento que puede sintetizarse en el rechazo de su vanidad y en la conciencia de su mentira (parafraseo de éste y otros ensayos del autor), en el rechazo de la subordinación a un orden de cosas intelectual que tiene sentido en Europa, donde fue creado, y no lo tiene en América, donde, se reproduce por calco (ni siquiera imitación). También historia Murena el letargo político y social en que vivía el país, dominado por un gobierno conservador que estaba incubando la crisis presente (Perón y secuelas de hoy). Entonces Murena encontró los libros de Martínez Estrada. La *Radiografía de la Pampa* era de 1933 pero ese año nadie la leyó como lo que era ¯ la denuncia en términos de profeta bíblico de la mentira de la Argentina oficial¯ y aunque fue premiada y comentada se la consideró como una prolongación de esa ensayística que en Europa y América había producido al conde de Keyserling, a Spengler, a Waldo Frank. El libro era esto, es cierto, pero sólo de modo adjetivo. La nueva edición (Buenos Aires, *Editorial Losada*, 1942) encontró en cambio los lectores a los que estaba dirigida: los jóvenes. Encontró a Murena.

Y Murena leyó la *Radiografía* y leyó *La Cabeza de Goliat* (1935 y 1947, en reedición aumentada de *Emecé Editore*s) y descubrió la manera de mirar la realidad que yacía debajo de la triunfante máscara deI porteñismo agresivo y de los viajes a Europa (o a París) y de las grandes estancias y de las familias de apellidos de varias generaciones. Descubrió una Argentina y el mal; una Argentina que estaba madura ya para engendrar a Perón y alentarlo y soportarlo. Murena encontró en Martínez Estrada la fuerza suficiente para mirar la realidad horrible cara a cara y decirse: no somos los herederos del mundo, los niños ricos de la cultura occidental, sino somos los parias, los desposeídos, los pobres entre los pobres.

Porque Murena descubrió que el gran invento de Martínez Estrada como escritor y pensador argentino había sido oponer un *No* al rubenismo, *No* a Lugones, *No* a Rodó; es decir: *No* a todos los que quieren presentarnos como entroncados con una cultura maravillosa a la que sólo tenemos que estirar la mano para poseer en su integridad. (Eliot, norteamericano al fin, habla de la conquista personal de la tradición, pero Murena parece

no haberlo tenido en cuenta). Para el joven crítico *«Martínez Estrada significa el surgimiento de la conciencia de América. Por primera vez la conciencia, después de una desgarrada existencia en bruto, puramente animal, significa la entrada de América a la humanidad»*. (Como se ve por la transcripción, Murena heredó el estilo profético).

Murena ve en Martínez Estrada algo más que un sociólogo de la realidad argentina (y americana) original: ve a un metafísico, que apunta a la cualidad *ontológica* de América. Por eso escribe: «*Los libros de Martínez Estrada* (a los que habría que sumar el *Sarmiento* de 1946 y la *Muerte y transfiguración de Martín Fierro* de 1948) *no son de índole sociológica, sino ontológica. Pues no se refieren a una accidental situación por la que atraviesa una comunidad, sino a una instancia de ser o no ser, a un problema de vida o muerte, a una deuda que hay que pagar antes de poder arribar a lo universal»*. También ve Murena en Martínez Estrada a un profeta, que *«anuncia con anatemas el advenimiento de un orden superior»*. Y ve en él, por esto, a uno de los *padres* de la nueva generación argentina; los otros son Borges, Mallea y Leopoldo Marechal.

LOS PADRES

De ellos dice en síntesis: *«Será cosa de manual que estos hombres son los que han tenido la valentía de desplazar nuestra actividad espiritual hacia bases inquietantes y exigentes, pero por primer vez fértiles y verdaderas. Es por ello que se han convertido en nuestros padres"*. Y como buen hijo, Murena revela de inmediato su repugnancia de aceptar esa paternidad y lo que lo separa de ellos: *"lo que salta a la vista con toda evidencia en los cuatro, lo que los une, es su "exterioridad», su "ajenidad", si se perdona el neologismo, respecto al nudo de esa realidad (de esta realidad) cuyo nacimiento venían justamente a anunciar»*. Quedan (aunque no lo diga Murena) como Moisés, delante y fuera de la Tierra Prometida. Porque Murena ¯que distingue bien entre los cuatro y apunta el casi suicidio de Leopoldo Marechal en su intento de autocrítica generacional que es la novela *Adán Buenosayres*¯, Murena también reprocha a Martínez Estrada quedarse fuera. Se queda fuera porque denuncia la enfermedad pero no vive con ella, no la acepta, porque se fuga por la destrucción del mundo en que está inserto, porque no tiene esperanza. Y la lección de Murena, a pesar de su tono apocalíptico, es de esperanza. Su lección apunta a Dios (aunque no el del catecismo).

El joven ensayista ha partido de Martínez Estrada (es decir: de cero), y por vericuetos en los que se reconoce claramente la huella de Sartre (hasta en el uso de *ajenidad*, que él llama neologismo en el trozo arriba citado) ha llegado a una mística interpretación de América en que el pecado original de la creación de esta tierra sólo podrá ser redimido por la aceptación de la desesperanza en cuyo fondo se encuentra Dios. Al evolucionar de esta manera, Murena se aleja de Martínez Estrada y de los otros, y en el mejor sentido de su propia tesis sobre Poe, practica el parricidio para empezar a vivir.

No corresponde entrar aquí a examinar a fondo los errores eruditos y hasta lógicos en que incurre Murena en su análisis general. Baste señalar que muchas de las cosas que dice de América las pueden decir (y las han dicho) los españoles de España (hay una veta unamuniana en este denunciador) y hasta los franceses de Francia y los neozelandeses de Nueva Zelandia. En cuanto a ciertas teorías suyas, sobre Poe en particular, se basan en una ignorancia casi absoluta de la evolución real y profunda de la cultura norteamericana: una ignorancia que es equiparable a la de Rodó en 1900, pero que hoy tiene menos excusa. Pero ésta es otra historia.

Lo fecundo en el análisis de Murena es señalar ya en 1951 la importancia de Martínez Estrada para la nueva generación; ya no es tan fecundo, ni tiene tanto interés general, fuera del que despierta por sí mismo, todo lo que se refiere a Martínez Estrada como sombra o estímulo de la autobiografía espiritual de Murena. De otro orden es el intento cronológicamente siguiente. Es obra de Jorge Abelardo Ramos.

DESDE EL OTRO BANDO

En *Crisis y resurrección de la literatura argentina (*Buenos Aires, *Editorial Indoamérica*, 1954) Ramos utiliza a Martínez Estrada, y a Borges, como cabezas de turco para la exposición de sus puntos de vista. Ya Ramón Alcalde ha señalado con toda precisión (en *Contorno*, 5/6, setiembre 1955) la incongruente filiación trotzqui-peronista-filonazista de Ramos para que parezca necesario volver a ella. Ramos es de los que creen que se puede recortar un texto cualquiera de su contexto y esgrimirlo como argumento de que el adversario dice y piensa esto y lo otro. Así atribuye a Martínez Estrada (y a Borges) un propósito sistemático de denigración de todo lo argentino. Su análisis (?) se basa en la *Muerte y resurrección de Martín Fierro* principalmente, pero como opera con entera libertad dentro de los textos de Martínez Estrada, lo mismo da que no se base en nada. Acusa a su víctima de preferir al poema de Hernández los viajeros ingleses (que califica de "*miembros del Intelligence Service de la época*»), de exaltar a Hudson (cuyo arte *«tendía a ahogarnos y a sofocar nuestro ser nacional»*) con inconfesables fines de colonialismo espiritual.

Su análisis no vale siquiera la refutación crítica. Es visionario y de mala fe. Pero es ejemplar de toda una zona de la literatura argentina nueva que, ante la revolución provocada por el peronismo y sin suficiente fundamento (ni marxista ni del otro), juega a los planteos extremos. Lo que no le perdona Ramos a Martínez Estrada es que no crea en Perón, es decir que no crea en la revolución social promovida o tolerada o desatada por Perón. Y esto se ve bien en la página 54 de su libro. Y como no se lo perdona, lo denigra. Inventa un Martínez Estrada colonialista y le echa encima un arsenal de ideas de segunda mano espigadas en los lugares más variados (hasta en el lamentable análisis de Julien Benda *La France byzantine*), con lo que cae en el mismo error contra el que vocifera: utilizar ideas europeas para analizar la realidad americana. (Un inefable comunista local acusaba a los críticos uruguayos de sujeción a los extranjeros y empezaba su artículo con la cita encomiástica de uno, ruso).

La posición de Ramos parece, pues, ejemplar de un sector de la juventud argentina que se vuelca contra los maestros de 1925 con la intención de destruirlos sin antes haberse tomado el trabajo de estudiarlos y asimilarlos. Que Ramos no está tan aislado lo evidencia que ha encontrado hasta en Montevideo quienes están dispuestos a instalar sucursales de sus métodos críticos. Valga el caso de César Blas González en su condenación imaginaria de *Borges y el "Martín Fierro"* (en *Nexo*, Nº 1, abril-mayo, 1955, págs. 56/62), en que comete la misma cita incompleta y de mala fe de un texto de Borges que Ramos ya había hecho (cf. Ramos, p. 71 y Blas, p. 60); y también el caso más reciente de un redactor de la *Gaceta de Cultura*, de cuyas iniciales no quiero acordarme.

APARECEN LOS PARRICIDAS

En un plano más riguroso que el de Murena, más didáctico, la generación nueva ha escrito sobre Martínez Estrada en sendos números de *Contornos* y de *Ciudad*, publicados simultáneamente en diciembre de 1954. Aunque uno de sus redactores (Ismael Viñas) era común a ambas publicaciones, puede afirmarse que los trabajos no se solapan. En general, los de *Contorno* son mucho más densos y profundos, van más al meollo del asunto, se toleran menos simplificaciones. Coinciden en destacar a Martínez Estrada como el más importante de los maestros del 25, en señalar su influencia sobre los jóvenes, en denunciar su papel de conciencia de la realidad argentina tal cual es. Coinciden también en detalles: apuntar que esta misma obra de Martínez Estrada es en cierto sentido inseparable de la que, por otros caminos, realizaron Borges y Mallea, por ejemplo. En todo esto, están cerca de Murena, aunque con un matiz menos subjetivo y autobiográfico.

En *Ciudad* (Nº 1, parcialmente dedicado a Martínez Estrada) hay tres ensayos y una bibliografía. El de Ludovico Ivanissevich Machado habla de la *pesada carga de ser jóvenes* (lo que, al pasar, da la tónica de esta generación que podría ser acusada de estar *enferma de trascendencia*). Frente a la obra de Martínez Estrada y a su cero absoluto levanta la objeción de quien todavía no ha iniciado la lucha y quiere cumplirla

por sí mismo. Aunque es respetuoso y hasta admirativo, no deja de señalar que Martínez Estrada *no invita, no emprende, no señala hacia adelante*. E inaugurando un reproche que otros desarrollarán mejor, apunta como defecto hasta la misma pureza moral del escritor. Ivanissevich maneja un lenguaje de marcados ribetes filosóficos, en que se siente la influencia de Heidegger y de Zubiri, para señalar: *«La castidad intelectual de Don Ezequiel, que lo ha definido como el arquetipo del hombre autónomo de los nuevos tiempos. Autónomo frente a sus corruptos semejantes y frente a Dios. Pero esta autonomía, tal vez le haya quitado a su pensamiento consistencia»*. Y luego apunta que si este análisis es válido se daría con Martínez Estrada *«el caso único, entre nosotros, de una figura a la que no nos adherimos sin reservas, por los exagerados bríos de su pureza»*.

En una palabra (y como lo señala simultáneamente Raquel Weinbaum desde *Contorno*): la posición de Martínez Estrada frente a la realidad argentina es la de quien mira el mundo que está ahí abajo: *Muy por debajo del escritor puro que describe*. En tanto que estos jóvenes están sumergidos en la realidad, en esa realidad impura y sucia, con los brazos metidos hasta el codo en la mugre y en la mierda, si se excusa la cita de Hoederer en *Les mains sales* de Sartre. Aunque pueden aceptar y compartir la mirada profunda de Martínez Estrada que descascara a la realidad de su apariencia falaz, de su mentira; aunque compartan su tono de denuncia (tal vez, excesivamente apocalíptico), no pueden aceptar la posición ajena de quien juzga la realidad; *son* esa realidad.

Los otros trabajos de *Ciudad* apuntan notas complementarias de crítica. Rodolfo A. Borello pone el dedo en *lo intuitivo* de sus análisis sociológicos (defecto de Spengler, de Keyserling, apunta); la concentración casi fanática en destacar un aspecto de la realidad, uno solo, en desmedro del todo; la vocación de hundirse en el infierno que le descubre, en vez de intentar salir de él. Ismael Viñas, por su parte, va a criticar sobre todo que su vocación de moralista convertido en predicador y en profeta le impida ser *«un observador objetivo, un descriptor claro de la realidad»*. Y añade: *«Es relativamente fácil señalar los males: puede ser una forma de catarsis individual. Y es todavía más fácil asentir a esas acusaciones descriptivas: aun aquellos que se benefician con el estado de cosas denunciado pueden encontrar en la denuncia una forma de justificación»*. De ahí que Viñas censure asimismo a quienes, como Ramos (a quien no nombra pero alude claramente), se aprovechan de ciertos matices nacionalistas de la obra de Martínez Estrada para atacarlo, y también critique a quienes en su misma línea sólo lo siguen *«en el tono de denuncia sin el ahondamiento y la sinceridad que él ha puesto, la pasión verbal, la voz y la postura proféticas, la literatura»* ¯juicio con el que alude claramente a Murena, heredero directo de la retórica de Martínez Estrada.

UN EXAMEN MÁS DENSO

El mismo Viñas dirige con su hermano David la revista *Contorno*. En su número cuatro, íntegramente dedicado a Ezequiel Martínez Estrada, se publican seis trabajos que cubren prácticamente toda la obra, y una bibliografía. No es posible seguir punto por punto el análisis. Baste señalar que hay en ese denso material dos perspectivas, igualmente ricas: una sobre Martínez Estrada y su valor como maestro de la nueva generación; otra sobre la misma nueva generación. A la primera pertenecen la aguda caracterización de Raquel Weinbaum, de estar Martínez Estrada sobre el mundo que contempla, y que ya ha sido comentada. Por su parte, Ismael Viñas apunta el reconocimiento de su valor al aceptar la quiebra de la grandeza nacional, y denunciarla sin paliativos; pero también denuncia sus más obvias limitaciones: «*cierto profesionalismo profético*», cierta colocación de elegido puro, que comparte con el novelista Mallea, cierta visión estrábica con que ve a los americanos como *«una raza réproba, cargada con un pecado original ilevantable»* (con lo que Viñas mata dos pájaros de un tiro: el otro es Murena), el mal ejemplo que da al manejar con escaso rigor y simultáneamente *«categorías diversas (defecto también de estilo más que de pensamiento)"*, acota Viñas.

Rodolfo Kusch ¯uno de los más personales ensayistas jóvenes¯ distingue entre lo que es superficial y lo que es profundo en Martínez Estrada. Lo superficial sería: aceptar la herencia nefasta de la cultura europea tal como la asimila una Argentina deseosa de europeización que nace en Caseros, en 1853. En su tratamiento de

los temas de Nietzsche, al que Martínez Estrada dedica un ensayo en 1947, se advierte esto, pero está claro en toda su obra. Lo profundo es aceptar que la Argentina es prehistórica y bárbara, es la toma de conciencia de la realidad, como dijo de él Luis Franco y han repetido tantos. Pero Kusch tiene su teoría propia y no quiere dejar intacta la oportunidad de decirla, con lo que su ensayo se dobla de otro sobre Kusch, que dejo para mejor oportunidad.

Para F. J. Solero, en uno de los más breves y superficiales ensayos del número, hay un antes y después de Martínez Estrada en las letras y en la cultura argentina: «*En el centro se encuentra la diagnosis de E. Martínez Estrada. Si obviamos las influencias de Spengler y Simmel, en lo que respecta a módulos históricos y estancos metódicos, nos quedan entre las manos los residuos de una captación de la realidad como pocas veces se consiguiera en el país*». En cuanto a David Viñas, su artículo, más que un análisis del autor, es pretexto para fijar el cuadro de las sucesivas generaciones argentinas, desde Caseros. Lo que más le conmueve en Martínez Estrada, es que (como otros de su generación) haya asumido la *«dramática ocupación de ejercer la denuncia»* en una hora de conformistas sociales como era la de 1925.

LA OTRA PERSPECTIVA

Martínez Estrada es, además, un punto de referencia para los jóvenes. Y de aquí la otra perspectiva del número de *Contorno* que le está dedicado: la perspectiva sobre ellos mismos. En este sentido tienen particular importancia los ensayos de los hermanos Viñas y el de Kusch. Ismael Viñas apunta, por ejemplo, la situación tan peculiar de una generación que se encuentra en 1945 con una cultura totalmente apoyada en los valores europeos y que descubre que en Europa misma estos valores están en crisis: ya no valen. En una palabra, en la situación de herederos de la nada. Esta observación (mucho más profunda de lo que parece a primera vista) explica en parte la actitud revisionista: de la realidad argentina y de los valores europeos con que está mirada y construida externamente esta realidad. Asimismo explica otra cosa: la actitud apocalíptica de estos jóvenes también es herencia europea. El disgusto con que ellos miran la realidad, el asco y la náusea, la angustia y la nada, son europeos. Ellos reflejan en 1954, hasta en los vericuetos de su rebelión, la crisis de Europa, como la reflejó en 1948 Murena siguiendo a Sartre, como la reflejó Martínez Estrada en 1933 siguiendo a Spengler.

De aquí la necesidad de volver a mirar bien la realidad circundante, el *contorno,* para no perder pie en las abstracciones. Y en esta tarea de mirar la realidad, a pesar de todos sus defectos, Martínez Estrada es insustituible: es el comienzo. A partir de él Kusch injerta su análisis, que es semejante al de Murena en su apelación a lo irracional, y con el de éste recibe una alusión satírica, dentro de la misma revista, por parte de Solero. (Lo que muestra que el grupo generacional reconoce y hasta acepta nítidas diferenciaciones.) Y a partir de él David Viñas hace un panorama de las sucesivas mentiras de la realidad argentina sobre las que se edifica esta realidad sucia y caótica que se ofrece ahora, en 1955, a la nueva generación. En ese análisis, que peca de prolijo a ratos y de impreciso otros, se destaca lo que dice Viñas de la generación del 25 como grupo: los *martinfierristas* le parecen una generación de traviesos muchachos, de gente que no llegó a superar la adolescencia emocional e intelectual, que a pesar de su tono revolucionario eran (parafraseo y hasta agrego) unos señoritos que jugaban a la revolución literaria y a la conmoción estética del ambiente. Por eso, contaminaron de literatura hasta la política. *«La revolución del 30* (anota Viñas) *es una típica revolución surrealista: el descrédito de la realidad se agota con dos o tres vigilantes muertos»*. Martínez Estrada, con su profunda denuncia, pasa inadvertido en la juerga general.

Por eso, cuando aparece Perón (a quien Viñas, porque escribe en 1954 y bajo su régimen, debe designar, con algún eufemismo, como el Candidato Imposible), cuando en 1945 aparece Perón y se acaba el juego revolucionario superrealista para empezar la realidad cruda, los jóvenes recién llegados al mundo se niegan a aceptar la división de la Argentina en buenos y malos. No juegan con Perón, pero no juegan contra él. Porque están mirando y viendo y no pueden aceptar como buena toda la moneda que han acuñado los literatos y los intelectuales del 25. Aunque tampoco crean (con las excepciones demagógicas de los Ramos y similares) en

la moneda que se pone a acuñar frenéticamente el mismo Candidato Imposible. Se apartan y revisan: en su revisión dan con Martínez Estrada y con Mallea, con Borges y con Marechal, con algunos otros; incluso los muertos como Roberto Arlt y Horacio Quiroga. Y de esa revisión surge su puesta en marcha.

Las dos perspectivas, que el análisis separa, aparecen en verdad confundidas en los textos. Porque tomar conciencia de Martínez Estrada (y de Borges, y de Mallea) es tomar conciencia de la realidad literaria que cuenta. Y por eso los jóvenes de *Ciudad* y de *Contorno,* y los otros que ellos representan, han empezado por allí. Como punto de partida para lograr más tarde su propia expresión. Primero: fijar las coordenadas; luego, crear. Martínez Estrada significa la toma de conciencia. El análisis de los otros, y en particular de su reacción frente a Mallea y a Borges, permitirá asentar mejor otras premisas, apuntar lo que está vivo y lo que está muerto en la tradición literaria argentina, dibujar con más precisión el contorno en que están inscritos (hundidos sin remisión) estos jóvenes.

CAPÍTULO II

EDUARDO MALLEA VISIBLE E INVISIBLE

EL OTRO PROFETA

La *Radiografía de la Pampa* de Martínez Estrada no tuvo verdaderos lectores ¯quiero decir: lectores para quienes sus intuiciones y anatemas fueran verdaderas intuiciones y verdaderos anatemas¯ hasta que aparece la generación de 1945. La *Historia de una pasión argentina* de Eduardo Mallea encontró, en cambio, y desde su primera edición en 1937, los más devotos, los más arrobados, los más locuaces lectores dentro de los mismos coetáneos a los que iba dirigida. Esta diferencia ya está implícita en un artículo de Bernardo Canal Feijoo (*Radiografías fatídicas*) que la revista *Sur* publicó en su número de octubre de 1937 (N° 37; págs. 63-77). El actual decano de la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata opuso entonces a la *Radiografía*, la *Pasión* que acababa de historiar Mallea y que *«a mi juicio merece ser tenida por la expresión auténtica de una nueva voluntad argentina*». Todo el artículo es hostil a Martínez Estrada (con quien, sin embargo, tiene el escritor muchos puntos de contacto) y no vacila en señalar que su *Radiografía «se ha desvanecido y velado algo más de la cuenta»*. Lo que con bastante razón le reprocha Canal a Martínez Estrada es que denuncie como típicamente argentina una crisis en la que se debate todo el mundo actual; que cubra de imágenes poéticas discutibles ciertas intuiciones que tienen validez en un plano general y sólo en éste, que a diferencia de los escritores argentinos del siglo XIX (un Sarmiento, un Alberdi, un Juan Agustín García, un Justo, un Ingenieros, un CarIos Octavio Bunge) señale los lastres de la historia nacional sin discernir «*al mismo tiempo la presencia de fuerzas constructivas poderosas*».

COMO ARIEL

Esta objeción de desesperanza (que Murena y otros jóvenes reeditarían en términos más patéticos contra Martínez Estrada) no se levantó, en cambio, contra el joven Eduardo Mallea y la historia de su pasión argentina. Porque Mallea (nacido en 1903 y ocho años menor que Estrada) concitó desde el primer momento el aplauso y el entusiasmo y la glosa reiterada de sus primeros lectores. Había en su denuncia de la Argentina visible (la Argentina de los especuladores y vendepatrias, de los enriquecidos que gastaban su ocio en los cabarets de París, sordos y ciegos para la realidad profunda, de los *parvenus* del arte y de la cultura) y en su exaltación de la Argentina invisible (la que hunde sus raíces en la tierra y no miente, la que conserva la tradición de quienes fundaron la patria y le dieron libertad, la de los que tienen a su espalda generaciones de argentinos responsables y callados); había en su dicotomía elocuente y henchida de las dos Argentinas, no sólo la fuerza suasoria de la retórica y de la pasión con que estaba investida esta retórica, sino una esperanza: la esperanza de que esa Argentina invisible asumiera pronto la representación de la otra ante el mundo, desterrando, obliterando, la imagen vana, codiciosa y servil que ahora ofrecía. No era posible vacilar entre un Martínez Estrada, profeta de apocalipsis y de conciencia autopunitiva, y un Mallea que exaltaba los mejores valores de lo argentino y proponía un seductor nacionalismo. (¿Quién que es no es argentino invisible?) Y toda la *intelligentsia* argentina, la que *Sur* congregaba en sus páginas inauguradas desde 1931, aplaudió sin descanso a Mallea. Lo aplaudió por éste y otros libros que reiteraban (en ficción, en ensayo) la misma tesis;

lo aplaudió en copiosos artículos de glosa que firmaban Canal Feijoo o José Bianco, Ana M. Berry, Amado Alonso, Francisco Ayala, Guillermo de Torre, Luis Emilio Soto. Lo aplaudieron incluso quienes (como Emile Gouiran o Santiago Montserrat) avanzaban en sus mismos artículos algunas objeciones fundamentales. (Pero al presentarlas sin desarrollo, al insertarlas entre copiosos elogios, pasaban casi como menudencias, reservas que inventa la amistad para fingir distancia entre los lectores, y que no engañan al autor, ese cómplice).

Como el *Ariel* de Rodó, aunque limitado al ámbito rioplatense, el libro de Mallea y sus secuelas novelísticas promovió una adhesión general apasionada de sus coetáneos, y el joven maestro (tiene 34 años cuando lo publica) ocupó pronto el sitio de uno de los intocables de su generación. Sucesivas ediciones, incluso una enorme en la colección *Austral*, con un prólogo en que Francisco Romero (recogiendo dócilmente un par de alusiones del propio Mallea) descubre la semejanza entre *Historia de la pasión argentina* y el (sí, es cierto) *Discurso del método*; sucesivas consagraciones en el extranjero que culminan con la edición norteamericana de *La bahía de silencio*, la más legible trasposición en clave narrativa de esa pasión; sucesivos cargos que le permiten (como el de director del suplemento literario de *La Nación*) el ejercicio de una suave dictadura sobre las letras argentinas; sucesivos honores visibles e invisibles colman al joven, lo visten de importancia, proyectan su mensaje y lo convierten en el primer escritor de su generación.

EL INVISIBLE ASOMA

Este es el Mallea visible: resplandeciente hasta el ascenso de Perón al poder, un poco más apagado pero noblemente brillante desde entonces. Pero hay un Mallea invisible detrás de éste, un Mallea que va pareciendo cada vez más visible desde el ascenso de Perón, como si la forma o máscara del Mallea visible se hubiera ido apagando por las reediciones, por la usura de la intemperie, por el desgaste implacable de la realidad.

Antes de que aparecieran los parricidas, ya se había hecho un censo no exhaustivo del Mallea invisible. La dicotomía de una Argentina visible y otra invisible que proponía Mallea en sus libros era justa, su denuncia tenía toda la fuerza oratoria necesaria para conmover; la honestidad del punto de partida del escritor no podía ser puesta en duda, la habilidad narrativa con que en su mejor libro (*La bahía de silencio*, 1940) se testimonia el conflicto, era evidente. Pero todo esto era sólo parte del cuadro: la parte en que el Mallea visible y el invisible coinciden. Lo que no era, en cambio, tan justo era la raíz profunda de donde partía la revisión o denuncia de Mallea; lo que no era, en cambio, tan compartible, era la teoría en la que inevitablemente iba a desembocar Mallea.

ANTES DE PERÓN

En algunos de sus más perspicaces críticos antes de 1945 (el año de Perón) se encuentran atisbos de que no todo está bien en el mejor de los libros posibles. Emile Gouiran (en *Sur*, N° 40, enero de 1938) y después de cumplir con la necesaria cuota de elogios, le apunta: *«Mallea cree haber pasado en su libro la etapa de las oscuridades. Pues bien, se lo digo con toda el alma: ahora debe empezar. La primera era todavía demasiado literaria, demasiado musical»*. Y agrega: *«se me ocurre que la exaltación severa de la vida, que Mallea juzga tan importante, no es sino una diversión, una doble pesada, en que el alma y el mundo se equilibran porque el alma viaja de un platillo a otro. Vivir, no representar. Bien está, pero a condición de vivir para comprender más que para sentirse vivir, y para servir más que para comprender. Y me parece que la pasión argentina de Mallea, sin negar ninguno de los términos de esta fórmula, y aun requiriéndolos, subraya el sentir vivir. El peligro que veo en ello es el de un estetismo que, por heroico que sea, no está todavía bastante purificado del «representar», no ha reunido todavía el valor de medianoche lejos de toda presencia, «aun de la nuestra» que invocan fervorosamente las últimas páginas de su libro»*. Y en una nota remata Gouiran su critica más lúcida: *«Mallea no ha resuelto su inquietud, la ha «asido»*.

En la misma línea escribe, exactamente siete años después, Santiago Montserrat: *«Con todo, la imagen que del hombre argentino nos propone Mallea no la reputamos completa. Queda un poco en el aire, sostenida por la garra intuitiva del escritor. Se acerca más a un producto de la pasión que a la idiosincrasia real del tipo. En «Conocimiento y expresión de la Argentina», «Nocturno Europeo» e "Historia de una pasión argentina», Mallea hace algún esfuerzo a fin de aprehender esta imagen en la estructura óntica de la historia nacional. Sin embargo, no prolonga sus esfuerzos hasta desarrollar una doctrina capaz de revelar las líneas fundamentales a que responde históricamente la realidad de ese hombre que constituye el objeto más hondo de su meditación y de su arte. Sin ello resulta insuficiente la inteligencia de cualquier tipo humano concreto»*. Más adelante afirma, en una frase que puede considerarse definidora: *«Mallea necesita profundizar aún más la imagen esencial del hombre argentino, profundizarla por el camino del pensamiento, con ayuda de sus dos grandes fuerzas impulsoras: la emoción y la idea»*.

Qué lejos se está de los panegíricos de la hora primera, los que sólo condescendían a tímidos reparos u objeciones que (como tan graciosamente demuestra Mary McCarthy en uno de sus cuentos) sirven de franquicia para el mayor dispendio de incienso. La misma realidad ha cambiado, y aunque Montserrat escriba con simpatía y hasta se adelante a disculpar (torpemente, aclaro), las insuficiencias mismas que denuncia en Mallea, aunque Montserrat no quiera hacer obra de parricida, está escribiendo a fines de 1944 (el artículo se publicó en *Sur*, Nº 123, enero de 1945), cuando ya se han puesto en marchas las fuerzas que habrán de operar la revolución reclamada por Mallea en sus pasiones: la destrucción de la Argentina visible y la sustitución por otra, aunque no la que él veía en su invisibilidad.

EL PROGRAMA EN ACCIÓN

Porque lo más patético del caso Mallea, lo más equívoco del caso Mallea es que el programa de acción que proponen sus libros (destrucción de la Argentina visible, nacionalismo como panacea) fue puesto en práctica por unos hombres que no eran por cierto los argentinos invisibles con que Mallea soñaba sino otros, muchos más visibles que los visibles a quienes sustituyeron. Como Martínez Estrada, como Borges, como Marechal, Mallea había visto y denunciado la Argentina corrupta en que le tocó actuar; pero a diferencia de Martínez Estrada (que se refugió en la denuncia apocalíptica) o de Borges (que combatió el nacionalismo con sarcasmos y con una literatura aparentemente cosmopolita) o de Marechal (que dio media vuelta y adhirió a lo más reaccionario del nuevo régimen), Mallea se encontró con que Perón y sus ideólogos (?) reproducían ¯sin la bella retórica ni los cadenciosos períodos, es cierto¯ mucho de su ideario; que el nacionalismo que subyacía en su denuncia (una vez escribió: «*Yo admiro a una parte de la juventud cuyas ideas no comparto; la creo inteligente, argentina, sincera»*, frase en la que el adjetivo del medio impregna a los zagueros); que ese su nacionalismo, enraizado en el orgullo de ser argentino hijo de argentinos, hijos de argentinos en un período de cuatrocientos años, y sustentado en la convicción de tener un alma señorial y distinguida (el Jockey Club y las institutrices inglesas), ese nacionalismo *bien séant* de Mallea, podía también ser invocado y usado como arma de combate por un político que no tenía escrúpulos y cuyos cuarteles de nobleza patricia se remontaban a él mismo (era hijo de inmigrantes italianos) y que en su apoyo había concitado una masa de argentinos invisibles, esos nobles y taciturnos hijos de la tierra que Mallea solía visitar abandonando temporariamente la capital cosmopolita, y que convertidos ahora en masa en la plaza de Mayo, parecían sumamente visibles y vociferantes.

Mallea se encontró con que Perón había realizado su programa. Aunque en caricatura. O mejor dicho: en la cruda realidad, la que no sabe de ritmos ternarios o cuaternarios de adjetivos, ni de angustias paladeadas desde las páginas de una edición manoseada y subrayada de Pascal. Pero sabe, en cambio, cómo desatar las fuerzas latentes del pueblo y cómo usarlas en su provecho, cómo azuzarlas contra la Argentina visible para construir otra Argentina harto más visible e imposible. Ese pueblo argentino que Mallea sólo había sabido conmover en la superficie pulida de la *intelligentsia* que se reúne en torno de *Sur*, había sido conmovida (y luego seducida y luego sobornada y luego estafada) por Perón en todas sus capas. La intuición de Mallea de las dos Argentinas y de la fórmula para colmar esa escisión había sido realizada, pero en qué términos y por quién.

La realidad argentina, a partir de 1945 (ese año en que empieza a agitarse la nueva generación, a leer y a escribir, a verificar las intuiciones de sus maestros), la realidad argentina que desde entonces estará marcada por el nombre de Perón, se encargó de demostrar que si Mallea no se había equivocado en cuanto al diagnóstico general, había errado (y cómo) en cuanto al remedio. El nacionalismo (no el taciturno, el bien cortado y mejor calzado nacionalismo suyo, sino el otro, el descamisado, el vociferante) había dado sus frutos. Mallea había sido buen historiador, aunque mal profeta.

Entonces llegaron, poco a poco, sin prisa, los parricidas.

LOS NUEVOS LECTORES

A diferencia de Gouiran en 1938 o de Montserrat en las vísperas mismas de 1945, la nueva generación argentina ¯o aquella parte de la misma que se ha dedicado a la tarea de demolición y recimentación¯ tuvo la ventaja de cotejar la obra de Mallea, y su profecía, con la realidad misma que esa obra anticipaba. La nueva generación pudo ver y palpar la verdad de una intuición y la fuerza de un mensaje; pudo ver, también, sus limitaciones (retóricas y de las otras) con una lucidez que le daba no sólo su mayor agresividad dialéctica, aprendida puntualmente en *Les Temps Modernes*, sino la realidad desquiciada y fermental de la Argentina entre 1945 y 1955. Su juicio sobre las profecías de Mallea no era profético sino histórico, aunque se refiriera a un pasado inmediato, a un pasado que era casi presente y en el que estaban tan comprometidos (aunque a distinta altura del tiempo) como Mallea mismo.

El arranque general lo proporciona, como en Martínez Estrada, la visión de H. A. Murena. En el mismo artículo en que comenta *la lección a los desposeídos* que aquél ofrece; en el mismo artículo en que traza los orígenes de su autobiografía espiritual y se reconoce, superfluamente, discípulo de Martínez Estrada, el joven crítico habla también de Mallea. Lo que dice de él es para señalar su doble condición de *padre* y de *ajeno*. Porque si Mallea vio la realidad subyacente, y la denunció, si se atrevió a entrar en el bosque (como escribe este poeta de la prosa), Mallea ha tenido que entrar a tientas y silbando para darse ánimos. Las dificultades que encontró para la cabal expresión de su denuncia son, según Murena: *«un engolamiento sintomático de la voz en sus sentimientos, en el vuelo demasiado alto de su sintaxis, modos éstos muy nocivos para la novela porque enturbian la realidad que ese género aspira a dar. Lo que delataban era un vacío, la distancia que va de la anunciación del ser al ser; una separación entre el autor y la realidad, una exterioridad respecto a ésta, que se buscaba salvar con una errónea impostación de voz»*. (Cf. *Sur*, Nº 204, octubre de 1951, págs. 15-16; el párrafo fue omitido al recoger el artículo en *El pecado original de América*, 1954, pág. 127).

Las objeciones de Murena no son, en su esencia, novedosas. En cuanto al mensaje, ya las habían adelantado en parte Gouiran y el mismo Montserrat; en cuanto al lenguaje, estaban apuntadas también por Gouiran y por Amado Alonso (aunque éste con exquisita cortesía). Lo que es sustancialmente nuevo en Murena es el enfoque de generación a generación: decir las cosas *situándose*, como le gusta a Sartre. Y al situarse desde la vertiente de una nueva generación las objeciones parecen adquirir más cuerpo: el engolamiento del lenguaje traiciona algo más que una retórica del habla, insinúa una retórica del pensamiento y del sentimiento; la distancia del autor frente a la realidad denunciada ya no parece la operación necesaria de todo crítico objetivo sino una ajenidad de quien no quiere estar inmerso en la realidad que condena. (Murena extiende el reproche de *ajenidad*, ya se ha visto, a los otros *padres*: a Martínez Estrada, a Borges, a Leopoldo Marechal).

DOS GIROS COPERNICANOS

Murena inaugura, pues, el juicio de la nueva generación. Y en cierto sentido lo continúa en un segundo trabajo que vio la luz en *Sur* (N° 228, mayo y junio, págs. 27-36); *Chaves: un giro copernicano*. Esta larga glosa de una de las últimas *nouvelles* de Mallea (la publicó *Losada* en diciembre de 1953) es, en apariencia y sólo en apariencia, la previsible nota de elogios que la revista dedica a cada nuevo libro de Mallea. Murena

exalta con puntualidad, aunque sin convicción comunicativa, los méritos que él descubre a *Chaves.* Estos se sintetizan en uno: Por fin encuentra Mallea la forma de expresar no la aversión hacia los argentinos, y hacia él mismo, que sus otros libros revelan, sino la expresión de la radical soledad e incomunicación definitiva del hombre argentino. El elogio (ya se ve) es de doble filo. Por un lado comporta la comprobación, no por tardía menos fuerte, de que todas las narraciones anteriores de Mallea (recogidas en once libros, algunos larguísimos) habían fracasado. Y no se crea que Murena lo insinúa sólo; lo dice explícitamente: *«Veinte años ha dedicado Mallea a esta misión. Veinte años no sólo de desembarazarse de la mala conciencia, de la mala voluntad, sino también de práctica de un obstinado amor. Veinte años de triunfos y de fracasos, de fracasos a pesar de haber llenado todas las condiciones de un triunfo, porque la peor de las pueriles perfidias que a los humanos nos han jugado con la puerta verdadera no es que sea estrecha, sino que está oculta, como si se tratara de una diversión en la que hay mucho tiempo para perder»*

Pero, por otro lado, este elogio amplio a *Chaves*, que implica la condena de una carrera de veinte años ejemplificada en once libros de ficción, este elogio también queda retaceado si se considera su fuente: lo que Murena elogia en *Chaves* (y lo único que resulta documentado de su entusiasmo por el libro) es que el relato se conforme a una teoría previa de Murena sobre el silencio de los americanos. Murena usa aquí a Mallea como Sartre usaba a Baudelaire en su célebre ensayo (salvadas, claro está, todas las distancias); como demostración palpable de una teoría. Y *Chaves es* otra cosa. Es ¯con el permiso de los malleístas¯ un intento de expresar la conciencia sofocada del argentino invisible frente a esta Argentina demasiado visible, que ha instaurado Perón, luego de la demolición o soborno de la otra. Ese silencio austero de Chaves es el silencio del que no puede hablar, no el silencio ontológico de Murena.

OTRAS VOCES, OTROS RUMBOS

El acibarado elogio del joven ensayista marca una nueva etapa de la crítica malleísta en *Sur*: la etapa de la reticencia desembozada o de la censura abierta. Ejemplar de esta última actitud, y más sólidamente asentada en valores literarios, es la reseña que en el Nº 197, marzo 1951, había dedicado ya Solero a *Los enemigos del alma*. Esta ambiciosa novela la publicó Mallea en *Sudamericana,* 1950, y para destacar su importancia la completó, en la mejor tradición de Gide, con un *Diario de «Los enemigos del alma*», en que el creador (un ojo puesto en su lector) se confiesa a sí mismo escrúpulos, ambiciones y dolores durante el parto de la obra. (Está recogido en las *Notas de un novelista,* editadas por *Emecé* en 1954).

El artículo de Solero es breve pero es sostenidamente contrario a la novela. Respetuoso, pero radicalmente contrario. A diferencia de Murena, que habría de aplaudir el rotundo NO con que culmina *Chaves* (equivalente, más parco, de su modelo visible, el *Bartleby* de Melville); a diferencia de Murena, que parece creer que una novela puede culminar en altivas negaciones, Solero niega el No y propone un Sí. Vale la pena transcribir los dos últimos párrafos de su artículo: *«No hay palabra que no afirme al hombre, ni rechazo que no lo enaltezca. Y esta palabra no debe estar apoyada en un despeñadero de la criatura, en una úlcera del espíritu. El hombre «es», no «deviene»: el hombre es una entidad categórica, no ambulatoria. Y quien posee un secreto* [como Débora en la novela] *hace mundo, está en él, pero no «es» mundo. Es decir que, al encontrarse dueño de su secreto ¯esto es, la temporalidad, el curso de su historicidad¯ se transforma en nada, en una vasta y desalentadora pregunta metafísica. No, romper la corteza del tiempo, hundirse en él, para descreer del mundo ¯pues eso y nada más sintetizan Mario, Débora, Cora, Luis Ortigosa, Consuelo, Sara Gradí¯, es negar la justa corporeidad del hombre, los territorios de su armonía. Con «Los enemigos del alma», Mallea desata en torno de nosotros la tormenta del tiempo, pero no la contestación que el hombre necesita para seguir viviendo; aquella, justamente, que, de una manera tan pura y vital, circula en «La bahía de silencio»*.

A pesar de esta concesión de última hora, es evidente que el artículo de Solero instaura (en *Sur*), *la* crítica de Mallea desde el ángulo de la nueva generación y desde un ángulo concreto y literario. Después vendrá Murena con su *Lección a los desposeídos* (octubre 1951) y su giro copernicano (mayo-junio 1954); vendrá

Mario Lancellotti apuntando algún reparo a la estética de Mallea *«tal como resulta aplicada en el plano de su novelística»*, según escribe en una reseña de *Notas de un novelista* (N° 232, enero-febrero, 1955); después vendrán los análisis y las ejecuciones de los que escriben fuera de *Sur* y no escatiman palos. Y una etapa de la crítica de Mallea habrá quedado fundada: la de los que no se deslumbran por la retórica o por el aplauso bien organizado y buscan llegar a la raíz de sus limitaciones y de sus errores.

A la etapa preliminar también pertenece el trabajo de Juan Carlos Ghiano que se recoge en C*onstantes de la literatura argentina* (Buenos Aires, *Editorial Raigal*, 1953, págs. 109-128), en que la simpatía con que se acerca a las novelas de Mallea el joven ensayista no excluye la exigencia crítica ni el rigor valorativo.

INTERCAMBIO DE RAMOS

Este nuevo aire que impone la generación última, recorre *Sur*, como se ha visto, pero no sin tener que pagar su pontazgo. Porque en el mismo número en que Solero dice No a las negaciones implícitas en *Los enemigos del alma*, y a continuación de su nota, se incluye una correspondencia entre Eduardo González Lanuza y Eduardo Mallea sobre el mismo libro. Allí ambos coetáneos se abruman a delicadeza y recíproco desmayo de arrobo frente a la exquisitez del otro. Es una pieza demasiado larga y preciosa para ser resumida, pero se aconseja enfáticamente a los paladares uruguayos, tal vez embotados por las insulseces que sólo saben inventar los oficiantes locales.

Con la inserción de la correspondencia, *Sur* restablecía el equilibrio de elogios quo había dejado tan comprometido la nota de Solero. Mallea podía descansar: *el ramo de invectivas* (como suele calificar al ataque ajeno) había quedado sepultado bajo este otro ramo capitoso que le tendía la mano amiga de González Lanuza, y al que también contribuía él con su pulida y preocupada respuesta. Pero pronto otros ramos de invectiva habrían de acumularse sobre su mesa, sin que ninguna correspondencia del mundo pudiera disimular su penetrante perfume.

LOS PRELIMINARES DE LA DEMOLICIÓN

En el olvidable libro de Jorge Abelardo Ramos (*Crisis y resurrección de la literatura argentina*, 1954, pág. 79) y en medio de los insultos contra Borges y Martínez Estrada, sus cabezas de turco, hay también alguna alusión despectiva a Mallea como uno de esos escritores a quienes *«falta el soplo elemental de la vida»*. Es claro que un ataque de Ramos, como un elogio de Ramos, carecen de toda consecuencia. Pero se apunta aquí como sintomático de la reacción de los grupos peronistas frente a uno que, sin proponérselo, adelantó algunas consignas.

De mayor entidad son las objeciones que expresan los jóvenes del grupo de *Contorno* y aun antes de la aparición de la revista. En un artículo que contribuyó a *Las ciento y una*, David Viñas había hecho alusión a Mallea adelantando la postura crítica que desde su fundación asumiría *Contorno*. En el comentario de la novela de James Jones, *De aquí* a *la eternidad*, había planteado Viñas tres preguntas clave: *«¿Qué país ha tenido el suficiente valor de no recurrir al eufemismo, llamando a la podredumbre podredumbre, no desorientación o tradiciones caducas? ¿O lo que es peor, recurriendo a un argumento pueril a pesar de su fofa vejez: quiero decir, justificando la inmundicia por demasiada vejez o prematura juventud? ¿Quién ha habido en nuestro país, por ejemplo?»*

Y la respuesta era: *«Eduardo Mallea, se me podría responder. Sí, Eduardo Mallea, en «Historia de una pasión argentina», allá por mil novecientos treinta y tantos. Hubo una alta seriedad en ese libro, pero Mallea ¯bien lo sabe él y lo callamos todos¯ después de esa "gran renuncia», se atiborró de retórica, se*

engolosinó con sus propias palabras, como si se hubiera decretado que toda su misión ¯porque de «misiones" se trata en verdad¯ estaba terminada. ¿Dónde y quién hay que por lo menos denuncie, ya que no modifica?" Pero es en uno de los artículos publicados en el número de *Contorno* sobre Martínez Estrada (Nº 4, diciembre 1954) y que firma el mismo Viñas, donde se encuentra expresada ya en forma sintética y concluyente la discrepancia básica de esta generación con Eduardo Mallea.

UN TONO NUEVO

David Viñas está trazando el cuadro de las sucesivas generaciones argentinas, desde Caseros (1853) hasta el momento en que escribe y señala sus actitudes frente a la realidad argentina y americana. Dice al referirse al grupo 1925: *«Con el andar del tiempo, al plantear el autor de «Historia de una pasión argentina» ¯uno de los hombres claves de esa generación¯ una nueva dicotomía, la Argentina Visible iniciará su derrengado paso de chivo emisario, mientras la Argentina Invisible ¯conformada por arquetipos definitivos y excluyentes¯ aniquilaría toda pretensión de diversidad y de polémica en virtud de una filosofía quietista y sin futuro, atenida a enunciados macabros por su silencioso y total imperio"*. Ya se advierte aquí un tono nuevo: no sólo se discrepa de la actitud contemplativa de Mallea (como han hecho otros antes); también se apunta la falsedad ínsita en su enfoque: la dicotomía de una Argentina Visible y otra Invisible, que permite y justifica ese quietismo. Por eso arguye Viñas: *«La diversidad polémica estriba en la idea de una libertad y configura la posibilidad ¯»la expectativa»¯ de una síntesis de acuerdo con las posibilidades dramáticas de la realidad. Esa creación de tipos excluyentes, en cambio, si bien ofrece las ventajas de cierto fideísmo y del valor emocional de una concepción de la realidad como un hecho unitario, presenta el grave inconveniente de la proclividad a un fanatismo que mutila la posibilidad de que haya diversidad o novedad en las cosas. Esa visión poblada de arquetipos definitorios y correlativamente excluyentes supone que todas las demás manifestaciones son aspectos de ella misma; cualquier cosa se relaciona con ese principio único; cualquier enunciado deberá ser realizado por medio de una referencia de cada cosa a la totalidad que le sirve de trasfondo. En síntesis: esa concepción «arquetipista» de lo argentino sólo tolera el enunciado de verdad en tanto la proposición verdadera se refiera a ese todo. Lo verdadero será, entonces, únicamente el despliegue de «su» todo bajo la forma de un enunciado acerca de sí mismo»*. Y para particularizar mejor (o ilustrar) su ataque agrega: *"Así el argentino «cetrino y silencioso» de Mallea será verdad única y excluyentemente en la medida en que la «Argentina silenciosa» sea la verdadera. Y las inalterables entelequias que encubren al Demonio, al Mundo y a la Carne* [alusión a los símbolos de *Los enemigos del alma*] *se emparentarán consiguientemente con sus antihéroes: el Personaje, los Homoplumas, el Lector Standard: ni unos ni otros se harán cargo de toda la realidad, incluyendo a la Argentina Visible e integrándose con la Argentina de los Viejos"*.

La cita es larga pero vale la pena. Con estas palabras, uno de los representantes de la nueva generación (nutrida, ya se ha visto, en la dialéctica hegeliana, vía Marx, vía Sartre) apunta el defecto básico de la denuncia de Mallea: el enfrentamiento de dos Argentinas polares y neutralizadas, cuando la realidad misma continuaba soportando su carga dual de ser Visible e Invisible a la vez. Esta *mise au point* de Viñas habría de ser ampliada enormemente y particularizada por un integrante del mismo equipo en el artículo que dedicó a Mallea la misma revista *Contorno* en ocasión de su análisis de *La novela argentina* (Nos. 5-6, setiembre 1955). El autor se llama León Rozitchner; el artículo: *Comunicación y servidumbre: Mallea* (págs. 27-35).

UN ATAQUE A FONDO

Para este neohegeliano (a través de Alexandre Kojève y su recopilador Raymond Queneau), la literatura de Mallea es un *intento de mistificación*. El escritor Mallea es el esclavo que trata de justificar su servidumbre consolándose "*a través de ideologías abstractas para no arriesgar su* vida". Mallea ha borrado la comunicación con el mundo y de aquí su deshonestidad. Estas premisas que se desprenden de la larga introducción

al artículo mismo, habrán de ser desarrolladas en un análisis extenso que Rozitchner publica bajo el título de *Mallea y nuestras vergüenzas*.

Conviene advertir desde ya al lector que la postura de Rozitchner es absolutamente antipática, y no en el sentido trivial de la palabra. Rozitchner no puede simpatizar con Mallea. A Rozitchner le rechaza todo en Mallea: desde el estilo hasta la raíz de ese estilo: ese señoritismo que compone la verdadera estampa del Mallea invisible. Rozitchner ve a Mallea como un puro, es decir como alguien que empieza declarándose incapaz de comprender lo contaminado, lo corrupto de la realidad. Y cita sus palabras: "… *cuanto más auténticamente desprevenido y generoso es un espíritu, menos capaz es de concebir una zona de humanidad entregada a la absoluta prevención y sordidez"*. A esta declaración de Mallea (que él ve como *su mentira*) opone Rozitchner la convicción de que "*el escritor es un ser cuya generosidad (…) consiste en asimilar la sordidez del mundo, en cuanto ésta constituye un componente de la situación humana en que vivimos…"*.

De ahí que denuncie en Mallea *"la alta moralidad formal con que se inviste"* y que sólo le sirve para llenar de palabras un vacío de intención: de ahí que lo muestre: "*Manejando nuestro mundo desde arriba, titiritero del alma, desde las palabras que se refieren a otras palabras, con las palabras-pinzas que lo tocan sin ensuciarse, Mallea pretendió poner su "grito en el alma", darnos la gran lección de su señorío impaciente"*.

No es posible seguir paso a paso este largo análisis negativo. Baste indicar sus notas principales. Mallea asume, según Rozitchner, la actitud de quien pertenecen a una clase que ya no tiene influencia en los destinos del país, pero todavía tiene la nostalgia de esa influencia. Rozitchner muestra a Mallea como el burgués que "*mira el pasado del mundo con nostalgia, los buenos tiempos idos donde los padres sabían lo que hacían, tiempos desde los cuales el futuro era una continuidad tranquila y no este presente dinámico y voraz en que se vive»*. Por esto mismo, radica gran parte de su denuncia en la exposición (tan fácil, dada la transparencia de los textos de Mallea) de su señoritismo, de sus ínfulas de criollo viejo, de su cultura legítimamente heredada, de su exquisita sensibilidad.

Para demoler la pretensión de Mallea ataca Rozitchner, con citas muy bien elegidas, todos los pilares de esa estructura visible de su obra y de su fama: muestra la superficialidad de su planteo de las dos Argentinas, muestra las vagas generalidades que opone a esa Argentina Visible que repudia, muestra el error de su lenguaje infatuado (él, que quiere presentarse como desconociendo la ambición literaria y queriendo hablar sólo de alma a alma). Algunas frases de Rozitchner rozan el libelo como por ejemplo cuando califica de "*bonita*" a la *Historia de una pasión argentina* y señala que Mallea debió reconocer "*que estaba hueco, vacío de solución, que era un pobre infeliz que no tenía nada que decirnos"*. A lo que agrega: «*Nuestro escritor pertenece a aquellos que creyeron que bastaba nombrar la nobleza para constituirse en nobles, que bastaba decir «basta»* [el título del periódico que fundan los jóvenes invisibles al comienzo de *La bahía de silencio*] *para estar del buen lado, y en el buen sitio, de la causa»*.

Rozitchner va más lejos: hunde su mirada en los autores que Mallea califica de suyos (San Agustín, Spinoza, Pascal, Blake, Kierkegaard, Nietzsche, Rimbaud), para señalar que lo único que de ellos ha tomado es el ademán retórico, pero no la pasión que los hizo consumirse realmente como seres. Por eso puede decir: *«Pero la tragedia kierkegaardiana y su oposición contra la iglesia positiva no es impedimento para que nuestro trágico se instale en un diario* [*La Nación*] *del que todo fervor está excluido, y dirija en él su página literaria, donde la regla es lo anodino»*. Esa mentira esencial del autor se trasladaría también a los personajes, a los seres que crea este inauténtico. *«Los impulsos fundamentales tuvo que aprenderlos luego, a través de las pasiones concisas, simples, de los personajes que quiso vivificar, pero ya deformados por la abstracción, a través de la propia hojarasca verbal que los circunda. Y por eso sus personajes tienen el rostro de lo no vivido, traídos de la trastienda como muñecos de utilería»*.

La conclusión a que llega Rozitchner después de su análisis casi psicoanalítico es que "*Mallea vivió intensamente la contradicción de la apariencia y la realidad, pero no tuvo el valor de afrontar hasta sus últimas consecuencias este aspecto dramático de la persona.»* O como lo expresa más adelante: *«Prefirió seguir en el juego burgués, donde cada uno muestra de sí lo corrientemente aceptado, validado por la generalidad. Por eso su sinceridad carece de valor, se muestra con el rostro de la falsedad, se remite sólo a la postura,*

al símil.» El rostro de Mallea, el invisible rostro de Mallea, que va emergiendo poco a poco entre sus páginas y que éste muestra como al descuido (sin saber qué clase de exposición profunda de sí mismo realizaba) está sintetizado por Rozitchner, y con apoyo de referencias textuales: *«Mallea, hombre sabio; Mallea, hombre que no duerme por lo mucho que piensa* [*«Cargado todo el año de trabajos reflexivos hasta el límite de lo soportable...”* dice en su rapsodia-carta a González Lanuza]; *Mallea, amado por señoritas señoriales; Mallea, rebelde; Mallea, viajero de grandes hoteles y solitarios lagos plácidos; Mallea, lírico; Mallea, de grandes amistades internacionales; Mallea, crítico filosófico; Mallea, presentado como un nuevo Descartes, etc.”*.

Por eso, desde el mirador de su generación y de la realidad abrumadora que actúa sobre la Argentina peronista, Rozitchner puede rechazar las “*coquetas angustias*” de Mallea y apuntar que esa literatura es mero ejercicio burgués, que el misterio que oculta ese argentino cetrino y silencioso es nada más que la humillación de no querer reconocer que no cuenta, que nada vale frente a los que han hecho sistema de sus pasiones y (ellos sí) las han hecho visibles. La melancólica conclusión a que llega este joven escritor no peronista se puede resumir en estas largas preguntas “*¿Acaso no sabemos que nuestra tranquilidad actual* [escribe en las vísperas de la caída de Perón, cuando esta caída pareció tan remota e increíble] *es el precio de nuestra marginalidad, de nuestra inoperancia e ineficacia, del miedo que se hace narraciones y cosas falta de interés, que no se refieren claramente a nuestros problemas ni siquiera en el orden subjetivo en el cual el escritor se complace en permanecer, porque lo interesante conduce al peligro? ¿Acaso no vivimos soslayando el peligro por medio de una “ineficacia buscada”, por la huída en lo general, y en la creación de mitos que esbozan para la mala fe una salvación futura?”*.

DESDE LA OPUESTA VERTIENTE

El ataque de Rozitchner (parece evidente aun en este resumen) no tiene piedad para Mallea: está escrito desde la vertiente opuesta. Pero no es un ataque irresponsable. Rozitchner ha leído cuidadosamente a Mallea, ha subrayado con atención sus textos, ha buscado ver debajo de ellos y ha destacado (con alguna equívoca complacencia) las más gruesas condescendencias autobiográficas de este escritor de ficciones. La tarea estaba apuntada pero nadie hasta él la había realizado con tanta acuidad y tanto ímpetu. Que la posición de Rozitchner no es única podría demostrarse fácilmente con el artículo del crítico uruguayo Carlos Real de Azúa, en que también se hace un análisis del escritor y de su ideario y en que también se llega a resultados negativos, pero sin necesidad de ejercer la antipatía. (Pero de esto habrá ocasión de hablar en otro capítulo). Ya que lo que caracteriza a Rozitchner (además de su lectura penetrante y su sinceridad para denunciar errores) es la fuerza con que se planta frente a Mallea para desnudarlo de sus máscaras. Rozitchner parte evidentemente de una situación frente a la realidad argentina en que los cuarteles de nobleza que implican las siete generaciones de argentinos, que ostenta Mallea, no significan nada; parte de una posición en que la frecuentación de hoteles de lujo y el comercio con señoras de la mejor sociedad tampoco significa nada; parte de una situación literaria en que compartir (por el arte refinado de la cita) las angustias *reales* de Pascal o de Kierkegaard mientras se conserva una posición mundana impecable tampoco significa nada. En una palabra: aunque León Rozitchner no está dispuesto a aceptar la mentira y corrupción de la Argentina Visible (mucho más visible en 1955 que en 1937), tampoco está dispuesto a creer en la bondad y en la pureza y en la exquisitez de esa Argentina invisible y taciturna y señorial que le ofrece el Mallea visible. Para decir NO Rozitchner empieza por sacar la máscara que cubre a este angustiado a este apasionado, a este espiritual, y lo muestra en su verdadera invisibilidad de señorito. Esto hace Rozitchner, que no es un señorito, ni un puro, sino un hombre (un joven) que empieza por asumir su parte de humillación reconocida, su parte de mala fe aceptada, su parte de marginalidad que le toca por ser (como Mallea) sólo un escritor.

Porque la verdad es que esta nueva generación, a través de sus representantes más activos y críticos, parece haber asumido como destino no sólo el examen y censura de sus maestros (el parricidio) sino la aceptación plena y sin reticencias disimuladoras de la mala fe del escritor que se sabe nadie en un régimen despótico y no quiere mentirse que es alguien: un cetrino y silencioso argentino angustiado, como Mallea; un profeta del Apocalipsis, como Martínez Estrada; un creador de mitos para nuestro tiempo, como Borges.

CAPÍTULO III

BORGES, ENTRE ESCILA Y CARIBDIS

LAS DOS CARAS DE LA MONEDA

A diferencia de Martínez Estrada y de Mallea, Borges ha encontrado en la nueva generación ardientes enemigos y no menos ardientes defensores. El interés suscitado por la obra profética y apocalíptica de Martínez Estrada es innegable; también es innegable una circunstancia complementaria; los mismos que lo atacan son los que lo defienden. Quiero decir: no hay bandos en este análisis. Todos, más o menos, lo aceptan y lo rechazan. Aceptan parte del mensaje, tiran el resto. Con Mallea el caso es distinto, aunque del mismo signo. Tampoco hay dos bandos. Mallea no suscita la adhesión sino el rechazo. Los prestigios de su argentino taciturno e invisible (el nacionalismo elegante, los cuarteles de nobleza de un argentino hijo de argentinos, la refinada erudición agónica) parecen hoy más obsoletos que nunca, después del revolcón que ha dado el peronismo a la realidad argentina y a esas fórmulas oratorias; después de la demostración por el absurdo que ha practicado con ellas el caudillo descamisado.

Muy distinto es el caso de Borges. Si bien hay entre los jóvenes quienes lo rechazan por completo y hasta proponen (como el energético David José Kohon) "*darles un buen puntapié en el trasero a los seudos maestros locales, sucursales de verdaderos maestros extranjeros*» (antes ha citado a Borges, para evitar que se pierda la alusión); si bien hay quienes lo denuncian como un agente del *Intelligence Service* o poco menos (Jorge Abelardo Ramos en su citada *Crisis y resurrección de la literatura argentina*, por ejemplo), hay otros que representan para Borges lo que le decía un día Valéry a Mallarmé: ese joven secreto que vive en provincias y que se haría matar por él. Aunque en el caso de Borges el joven secreto suele vivir en las capitales y escribe, con nada borgiana profusión, artículos, notas y hasta libros sobre el maestro. Porque junto a Borges hay dos apéndices complementarios: el borgismo y el antiborgismo, que en definitiva son dos caras de la misma moneda.

LA COSA EMPEZÓ EN 1933

Nada de esto es nuevo. Borges pareció despertar desde el primer momento la mayor adhesión y el mayor rechazo. Ya en agosto de 1933 (sí, hace más de veintidós años) la revista *Megáfono*, dirigida por los jóvenes de entonces, dedicaba parte de su número 11 a una *Discusión sobre Jorge Luis Borges* en que intervenían quince escritores. Ya en 1933, cuando Borges no era sino el poeta del fervor de Buenos Aires, el autor de una disimulada biografía de Carriego y de algunos ensayos de retórica y filosofía que era imposible (entonces) ordenar unitariamente por falta de adecuada perspectiva y por la ineditez de textos futuros que los iluminarían. 1933, cuando Borges no era todavía el creador de ese mundo narrativo que parece inseparable de su nombre. (El primer volumen de narraciones, todavía disfrazadas, es *Historia Universal de la infamia*, 1935).

Ya entonces Borges suscitaba la polémica. Porque el número de *Megáfono* había sido concebido en forma de debate circular. Cada escritor entregaba su texto al que le seguía en la exposición y éste podía así refutarlo o

completarlo. El resultado es azaroso. Se encuentran allí, en germen, las principales objeciones que levanta hoy esta obra. A Enrique Mallea le molesta el fragmentarismo de su producción (en América se piensa que un escritor es escritor de *libros*, lo que anularía para siempre a Manrique o a Rimbaud, a José Martí el prosista y a nuestro Vaz Ferreira). Anzóategui, como católico y deslenguado, opina que un artículo sobre el Infierno, del *«Sr. Borges»* (así lo llama en una de las más fáciles maniobras del Arte de injuriar) *«era indigno del cerebro de un pollo»*. Para Tomás de Lara, no cabe dude de que es poeta, como tampoco cabe dude de que no es crítico ni metafísico (en América un crítico es un señor que no rehuye lo obvio y que al tratar cualquier tema no desdeña sintetizar todo lo que se ha dicho antes, aunque lo haga sin fastidiar al lector con alguna advertencia sobre la paternidad de sus hallazgos); también le niega la capacidad de sentirse atraído por el Misterio: «*El amor, la vida y la naturaleza quedan al lado de su poesía. El dolor y el pecado no existen. Ni tiene Borges el sentido de tan grandes cosas»*, dice con palabras que las ficciones posteriores obligarían a rectificar. Según León Ostrov, le falta aliento para la obra mayor (aunque no aclara si la obra mayor es la de formato mayor o la de mayor intensidad esencial). La objeción mayor contra Borges sería, según Lisardo Zía, lo que él llama el «borgianismo», la literatura de sus imaginarios discípulos. Juan Pedro Vignale ataca principalmente la prosa, su fragmentarismo, su falta de impulso, e invoca el ejemplo de su *Carriego*. Para Anderson Imbert (23 años entonces y bastante lejos de la madurez crítica de su *Historia*) los trabajos en prosa de Borges no son notables, carecen de verdadera originalidad ¯los califica de *«síntesis impersonal, o un puñado de reflexiones sin vigor o una mera acumulación de datos escamoteados en otros libros o de observaciones anémicas»*¯ y levanta la objeción clave: *«La realidad argentina está ausente en sus ensayos»*. (Para explicar sus objeciones, Anderson Imbert se declara enfáticamente como *«viviendo un hondo fervor social»*, actitud que Sigfrido A. Radaelli se encarga de satirizar de inmediato en su contribución polémica).

BORGES JUSTIFICA EL VIAJE

Ya en 1933 se enjuicia a Borges con una acritud que no superarán los parricidas de hoy. Pero también en 1933 aparecen los que elogian a Borges con la misma devoción de los de ahora. Porque ese número de *Megáfono* difunde las voces de Drieu la Rochelle (de paso por Buenos Aires y para quien Borges solo justifica el viaje); de Ulyses Petit de Murat, en una crisis de borgismo que le lleva a lamentar un solo defecto: *«exceso de personalidad»*; del mismo Enrique Mallea que exalta el *«sustancial valor de su estilo»* y señala una de las trampas o alucinaciones de Borges como tema crítico (cada uno quiere hacer de él algo distinto, algo personal, suyo, y si no puede, lo rechaza); de Raúl Rivero Olazábal, que apunta su escrupulosidad que le permite diferenciarse tan nítidamente de los escritores argentinos que hacen ¯como aquí, ay¯ libros para los premios (en vez de premios para los libros), en lo que coincide con Amado Alonso que también exalta su conducta literaria: *«responsabilidad, sinceridad y afán de exactitud»*; de Homero H. Guglielmini que canta la infalibilidad y perfección del mundo que ha creado, aunque no deja de indicar que es limitado (*«un orbe muy breve y reducido de la realidad»*) y apunta cómo su influencia se ejerce hasta inconscientemente, al imponer a los demás una visión de la realidad que es sólo suya; y de Erwin F. Rubens que remata el intercambio de opiniones señalando que Borges *«entre nosotros, vale como ejemplo de precisión idiomática (...), de devoción a la palabra frente a la chabacanería expresiva del ambiente, de lucha cotidiana contra el vocablo o giro rebeldes.»*

Las dos caras del borgismo ¯la cara de luz y aplauso, la cara de sombra y negación¯ ya están dadas en la *Discusión* que promueve la revista *Megáfono* hacia 1933 y cuando acaba de publicarse un libro de Borges (*Discusión,* se llama premonitoriamente). Ya en 1933 está planteada la dicotomía de la crítica frente a Borges: aceptación y rechazo, igualmente fervientes, igualmente apasionados. Porque lo que caracteriza al borgismo es esa pasión que se comunica no sólo a los fieles, sino, y sobre todo, a los heterodoxos, a los iconoclastas. Tanto o más borgistas son quienes lo atacan que quienes lo defienden. Porque esa larga sombra de resentimiento que provoca su obra es también hechura o proyección del borgismo.

DOS METAMORFOSIS A PARTIR DEL 38

Los parricidas no tendrían que inventar nada. Sin embargo su análisis de la cuestión Borges, su enfoque del caso Borges, su *Discusión* de la obra, sería sumamente distinta. Porque entre 1933 y 1945 la realidad argentina sufre tales transformaciones que ya la figura de Borges deja de proyectarse sobre el mismo fondo. Esas transformaciones por otra parte, han operado radicalmente sobre el mismo Borges y han convertido al poeta de Buenos Aires, al nostálgico evocador de Carriego y de un mundo sepultado de compadritos, al metafísico que balancea intelectualmente el problema del infierno y pregusta la eternidad, en otro hombre. Borges cambia de tal modo que él mismo empieza por volverse contra el Borges de 1925.

Empieza por abandonar casi completamente la poesía (o, por lo menos la de exaltación bonaerense); empieza por hundirse en su mundo de narraciones fantásticas, cada vez más alucinadas y personales, cada vez más desgarradoramente autobiográficas, cada vez más alusivas de las violaciones impuestas por el peronismo, de las delaciones y muertes por tortura, de la locura nacionalista, del previsible combate de un hombre solo contra la masa enardecida.

En algún lado ha declarado Borges que a partir de 1939, cuando Hitler incendia Europa bajo la insignia del nazismo, se convierte en enemigo del nacionalismo. La guerra europea lo lanza a una curiosa militancia política. Borges escribe denunciando las falacias de los germanófilos argentinos (que se proclaman nacionalistas, pero veneran una doctrina que los elimina prácticamente por no ser arios); denunciando las falacias de los antisemitas (no advierte diferencia esencial entre un judío y un no judío, aunque puede advertir las diferencias circunstanciales entre dos personas); denunciando las falacias de los filosemitas (que se resisten a aceptar la doctrina nazi de una raza superior para proclamar la doctrina semita de una raza superior); denunciando al nacionalismo peronista, que le parece operar bajo el signo de la estupidez.

Esta actitud le valió ser destituido del puesto subalterno de bibliotecario en una dependencia municipal; le valió no ser distinguido en premios oficiales de literatura (hay un *Desagravio a Borges*, en *Sur*, N° 94, julio, 1942, p. 7/34, que documenta la reacción de un núcleo de intelectuales argentinos); le valió ser molestado en sus conferencias (debía declarar por anticipado el tema de las mismas, debía soportar la presencia de un policía uniformado, debía dictarlas en el interior de la república, ya que nunca se lograba la habilitación de los locales porteños). Borges luchó. En uno de sus cuentos, *El Sur* (recogido en una reedición de *Ficciones*, 1956, y publicado antes en *La Nación* en febrero 8, 1953) imagina a un argentino (aunque de origen nórdico), que llega a una pulpería, es provocado por unos compadritos y sale a pelear, sabiendo que será muerto. No es excesivo, tal vez, considerar que en ese cuento se encierra una pesadilla frecuente del escritor. *La espera* (cuento de *La Nación*, recogido en la segunda edición de *El Aleph*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1952) también especula con un hombre que duerme y sueña cíclicamente que unos matones (¿por qué no la policía?) entran a matarlo. Como su personaje, Borges esperó durante años insomne, o en alucinadas pesadillas, que vinieran a buscarlo. Y hay textos más explícitos. En declaraciones hechas con motivo de una cena de camaradería que le dieron los escritores argentinos al ser destituido (están publicadas en *Sur*, Nº 142, agosto de 1946), denuncia públicamente la estupidez del régimen. Lo hace con palabras que se repiten ahora en un artículo del último número de *Sur*, dedicado a *la reconstrucción nacional* (Nº 237, noviembre-diciembre, 1955). Como pocos de sus colaboradores, Borges puede estar seguro de que ya había dicho en voz alta y con su firma al pie, lo que ahora escribe. Ese texto, y otros que publicó *Sur* (como el poema *Página para recordar al Coronel Suárez, vencedor en Junín*, N° 226, enero-febrero, 1945) o que vieron la luz primera en *Marcha (El puñal*, junio 25, 1954, que *La Nación* de Buenos Aires consideró comprometido publicar), demuestran hasta qué punto mantuvo Borges junto a su carrera literaria, una carrera de oposición doctrinaria. Es claro que lo hizo en el único plano en que él puede actuar: en el plano de la creación y en el plano del ensayo. Pero lo hizo. No recibió, sin embargo, las palmas del martirio. Perón, con un sentido cabal de la escasa importancia de los intelectuales en el mundo moderno, se limitó a molestarlo, a humillarlo con sus restricciones. No lo convirtió en víctima, como no convirtió a nadie que no fuera de suficiente peso político.

BORGISTAS DE AMBOS SEXOS

Entre 1933 y 1955 Borges había creado una obra que se levanta con toda originalidad y extrañeza en medio de la literatura argentina previsible. Esa obra marca un nivel al que pueden aspirar, pero no alcanzar sin esfuerzo, sus coetáneos. Por su perfección, por su rigor, por su hechizo, no puede ser pasada por alto. Los jóvenes tuvieron que detenerse ante ella y fijar su posición. Los más dóciles no vacilaron en convertirse en epígonos. Condescendieron a la más fácil de las tentaciones de una obra maestra: la de reproducirla en sus peculiaridades adjetivas, en su aspecto externo, sin participar de lo que constituye su centro apasionado y realmente la forma.

Proliferaron los borgistas: generalmente, jóvenes hipersensibles que combinaban los adjetivos del maestro, o sus verbos invasores, con algún esfuerzo imaginativo mediocre. (El sexo no importa, aunque abundan las damitas.) Borges los toleró y hasta puede decirse contra él que los patrocinó en prólogos o notitas bibliográficas que recuerdan la benevolencia ejercida a principios de siglo por otro gran rioplatense: José Enrique Rodó. Esos facsímiles borrosos han sustituido en el juicio de muchos apresurados al texto original de Borges, le han suscitado enconos, han alimentado fáciles epigramas.

Los rebeldes, los que habrían de aumentar la tribu de los parricidas, manifestaron su admiración negándolo encarnizadamente. Reduciendo por sistema su obra a nada, reeditando (sin saberlo) muchas de las objeciones de 1933. De estos borgistas resentidos y negros, más vale no ocuparse. Sólo valen los que aportan a la visión actual de Borges (sea aplauso, sea diatriba) algunos elementos auténticamente nuevos. Porque lo que caracteriza o debe caracterizar al juicio de los parricidas es la verdad del punto de partida. Objeciones puede levantar cualquiera. Interesa ver en qué se fundamentan esas objeciones. De ahí que sea lícito escoger de la papelería polémica que ha suscitado Borges aquellos textos que definen mejor el borgismo de luz y sombra, que lo ubican mejor entre su Escila y su Caribdis.

OTRA VEZ MURENA

El punto de arranque es otra vez Murena. No porque sea cronológicamente el primero. Sino porque es el primero que opone a Borges todo un sistema de pensamiento; el primero que realmente inaugura el juicio de los parricidas. Sus palabras están en el tan citado artículo sobre Martínez Estrada. Murena ve a Borges como un genio nihilista, que cumple la misión de abrir caminos a la nueva literatura por medio de la destrucción. Al utilizar técnicas extranjeras al servicio del espíritu argentino, acaba por producir obras que significan, para el joven crítico, *«la consumación y el punto final del eclecticismo entre nosotros. Borges ha sido, en verdad, el primero en lograr una producción original a partir de un complejo cultural heterogéneo»*.

Estas palabras, que a primera vista parecen de elogio, encierran una grave censura, ya que según él mismo, el camino que Borges abre está definitivamente clausurado. *«El camino de lo falso* (es decir: el de la falacidad de acumular conocimientos según ha escrito antes) *ha sido agotado al alcanzarse por él una verdad»*. Esa verdad sería la aceptación por parte de Borges, de que esos elementos culturales que manejan los argentinos son ajenos, y su utilización como tales. El pensamiento de Murena no es siempre claro, y en este caso particular es especialmente oscuro. Parece aceptar que Borges está bien haciendo lo que hace; pero sostiene que los jóvenes deben hacer otra cosa y que su camino debe ser otro.

Esta no es su primera interpretación de Borges. En realidad es la segunda. Hay una anterior, que es casi su primer análisis importante de la realidad argentina, y que fue publicada en la misma revista *Sur* en junio-julio, 1948 (N° 164/165). Se titula *Condenación de una poesía*, y como la que se ha comentado arriba, integra el volumen de 1954: *El pecado original de América*. (El título, ahora, es *El acoso de la soledad*, págs. 43/65). Lo que allí se reprocha a Borges es la naturaleza superficial de su criollismo. Murena lo ve como representan-

te del grupo *martinfierrista* y examina su posición frente a la realidad argentina. Un análisis de sus poemas de la primera época lo convence de que Borges utiliza los símbolos de lo nacional sin participar del sentimiento nacional unido a esos símbolos. El poema que se titula *El truco* le sirve para demostrarlo.

La objeción de Murena es válida, pero (contra lo que él se imagina) no afecta al poema; afecta, tal vez, a la idea que tenía Borges de su propia poesía. En una palabra: Murena demuestra que Borges estaba equivocado si creía que en sus poemas se expresaba un sentimiento nacional; lo que se expresa en ellos es un sentimiento personal. Pero esto ya lo había señalado el mismo Borges. En una nota crítica ha dado una interpretación de su poema que explicita qué lo mueve a escribirlo: el principio de identidad y la ilusión del tiempo. Es decir: dos de las constantes obsesiones de su personal metafísica.

Lo que ahora interesa señalar es la actitud de Murena frente a Borges. ¿Por qué Murena ignora la verdadera explicación (la única, ya que el poema es suficientemente explícito) y busca, en cambio, la falaz? La respuesta es obvia: porque a Murena no le interesa Borges ni su teoría metafísica, y le interesa sí el criollismo. Porque Murena busca en Borges una prueba de cómo *no* debe ser el criollismo que él quiere definir o inventar. Murena trata el poema como trata los libros de Martínez Estrada y como trata la última novela de Mallea: como pretextos (en el sentido más literal de la palabra); como textos previos a los que él habrá de dar significación (otra) con sus análisis.

Por eso, la visión negativa (y parcialmente exacta) del criollismo de Borges tiene menos interés para situar a Borges que para situar a Murena. El artículo posterior sobre *la lección a los desposeídos* es, en cambio, de mayor alcance. No examina una etapa superada de Borges sino toda su obra y busca expresar el sentido de la misma. Aunque Murena no lo diga con estas palabras, lo que él ve en Borges es al cosmopolita, el heredero de todas las culturas, que se mueve con igual facilidad dentro del complejo mundo dantesco como en el simple suburbio de Carriego. Y esta actitud, el argentino Murena ¯que vuelve la espalda a Europa¯ no la puede aceptar. Con su negativa anticipa lo que expondrán desde otros ángulos los jóvenes parricidas.

PARÉNTESIS NACIONALISTA

Antes de que los jóvenes empiecen a presentar su caso contra Borges, se alza una voz, y desde la vertiente peronista. Es el juicio de Jorge Abelardo Ramos en su citada *Crisis y resurrección*. Para Ramos, Borges es el representante típico de la oligarquía ganadera y su literatura (aristocrática, de evasión, gratuita) el paradigma de todo lo que rechaza el nacionalismo de su crítica, de filiación marxista pero indigestado de peronismo. Ramos no es un crítico literario, ni siquiera un analista responsable de la situación argentina. Es un panfletista resuelto a no entender, a practicar indiscriminadamente el brulote. Pero su denuncia interesa, porque buena parte de ella ¯la acusación de oligarca¯ va a pasar a integrar el arsenal polémico de los parricidas. Explícita o implícitamente, muchos jóvenes verán en Borges al representante de una clase que arruinó al país y abrió paso a Perón.

EL PORTAVOZ DE LOS NUEVOS

Pero no es Murena ni es Ramos quienes ilustrarán mejor la nueva actitud. Un escritor más joven, y que debe cierta fama precisamente a este acto, asumirá la responsabilidad de fijar la postura de los nuevos. Se llama Adolfo Prieto y sus objeciones han cristalizado en un librito: *Borges y la nueva generación* (Buenos Aires, *Letras Universitarias*, 1954, 90 págs.). Ante todo conviene aclarar que la actitud de Prieto es negativa, pero no antipática (en el sentido etimológico de la palabra). Prieto no quiere negar a Borges en sí; quiere negarlo como *valor* para la nueva generación. Su enfoque no es el del crítico literario puro sino el del crítico condicionado por su *situación* (para usar la palabra que le gusta tanto a su maestro Sartre).

Prieto considera a Borges como el *«más importante de los escritores argentinos actuales»* y afirma que es *«un notable escritor»* (aunque su análisis pormenorizado lo desmiente o contradice). A pesar de este reconocimiento, a Prieto lo separa todo de Borges. El género policial y el fantástico, por ejemplo, que éste notoriamente cultiva, le parecen muertos, por su gratuidad, por la *«omisión del hombre»*. Aquí se expresa la ajenidad de la nueva generación con respecto a los temas y los procedimientos de Borges. Al acusarlo de no interesarse por lo humano, no deja Prieto de hacer la necesaria salvedad de que *«no se encerró en una torre de marfil, como pudo hacer y lo hicieron muchos otros, resultando fácil perseguir en sus páginas los contactos con nuestro contorno»*. (Frase un poco ambigua, en la que tal vez también se aluda a la notoria discrepancia de Borges con el régimen peronista) .

Lo que sobre todo Prieto no le acepta es que haya denunciado, con la práctica de su obra y en una conferencia de 1951 sobre *el escritor argentino y la tradición,* las falacias del nacionalismo literario. No se lo acepta, porque cree que allí sólo se expresa su propia impotencia de crear con temas auténticamente argentinos. Prieto cree que, a diferencia de Martínez Estrada, de Mallea y de Marechal (otra vez los *padres*), Borges no ha sabido calar hondo en la realidad, no se ha comprometido, y ha buscado escaparse por la vía de la universalidad.

Entonces, como un buen juez de instrucción que examina la interpretación dada por el reo de sus propios motivos, mide Prieto a Borges con la vara de lo universal y encuentra que vale poco. Esta es la parte de su censura que tiene menos viabilidad crítica. Aquí se olvida Prieto de lo que ha dicho un colega: *«El verdadero crítico se colo*ca *ante la obra literaria como ante algo total: no importa que luego deduzca de ella aspectos parciales: el punto de partida es la totalidad, y esa totalidad de la obra está presente a lo largo y a lo ancho de su labor de sondeo; lo que de ésta resulte en particular, adquiere sentido refiriéndose a la imagen de aquélla»*. Estas palabras (para qué ocultarlo) las escribe él mismo contra Borges, al que acusa de crítico caprichoso y fragmentario, pero pueden volcarse en contra de él. Porque su análisis de la obra borgiana no está hecho de acuerdo con esa *totalidad* que invoca sino que deliberadamente escoge dentro de esa obra algunos poemas, algunos ensayos, algunos cuentos y de ellos deduce su validez o invalidez total.

El método es doblemente arbitrario. En primer lugar, porque es evidente que Prieto apenas conoce una décima parte de la obra de Borges (qué lejos de la *totalidad*); en segundo lugar, porque su selección se basa en títulos que, según él, son famosos, pero que no tienen por qué ser los más significativos. (La popularidad de un poema no garantiza su excelencia; menos aún, permite asegurar que sea *representativo* del autor). Al juzgar a Borges por algunos textos suyos, arbitrariamente elegidos, aún más arbitrariamente comentados, Prieto muestra la falla, esencial, de su método crítico. Pero ésta no es la única. Otra falla, no menos grave, es juzgar esa obra de acuerdo con patrones ajenos. Así, toda la poesía es despachada porque no está de acuerdo con lo que Sartre entiende que es poesía (o tal vez, con lo que Prieto entiende que Sartre entiende que es poesía) . Este mismo procedimiento ha hecho famosos a los críticos que negaron, durante el apogeo del clasicismo francés, a Shakespeare.

La fusión de ambos errores críticos le permite a Prieto llegar rápidamente a la conclusión (de fórmula tan borgiana) de que esta obra es prescindible, de que su literatura es inútil. (Lo divertido en los borgianos negativos o de sombra, es que también ellos usan el vocabulario del maestro; también ellos escriben, como Prieto: *creo, conjeturo, repensar*, etc.) .

DOCUMENTO GENERACIONAL

Pero si este trabajo es superfluo como crítica de Borges (es decir: como valoración penetrante y honesta de lo que realmente éste ha creado) su interés como documento de una generación es indudable, y en este sentido muy superior al de los textos de Murena. Porque al atacar a Borges, Prieto se sitúa y ayuda a situarse a otros que hablan por él. Ya al comienzo de su panfleto señala la ajenidad de los lectores de veinte a treinta años frente a esta literatura. Y luego apunta, en términos más generales: «*El joven de hoy no entabla una polémi-*

ca a fondo con los hombres maduros que enseñorean la política o el arte; ni se ríe de ellos ni se apasiona contra ellos. Los observa, a veces, trata de comprenderlos, porque forman parte de su contorno vital, pero íntimamente se siente desvinculado, ajeno, y se refugia en una completa indiferencia al mundo exterior ¯caso común¯ o masculla, casi siempre a solas los planes para su propio mundo futuro». Esta actitud, ya se ve, es típicamente adolescente. No es necesario situarse frente a Borges o a Martínez Estrada, con el peronismo como medio y estímulo, para llegar a ella; es la actitud de una generación expectante, que aguarda su hora y tasca el freno.

Pero la caracterización de Prieto no se detiene ahí. En el último capítulo *Conclusiones,* mejora y particulariza la tesitura de estos jóvenes a los que he llamado parricidas. Presenta a Borges como representante del grupo *martinfierrista*, de ese grupo que intentó una revolución literaria en momentos en que otros contemporáneos (los militares) intentaban y lograban una revolución política y hasta social. Ese grupo le parece caracterizado por «*la desocupación* vital"; un grupo en que falta *«un rico y hondo contenido vital*»; un grupo para el que la literatura y la vida eran *«juego»*. Por eso Borges es un gran literato sin literatura, un joven brillante que juega a crear. Para los jóvenes de ahora es ***«un fantasma que nos estorba el paso»***. (Aunque Prieto declara no aceptar esta metáfora, la usa, y ella traiciona, mejor que cualquier otra, la verdadera raíz de su antagonismo). El joven crítico se considera inserto en *el devenir histórico* (palabras que suenan a traducción, pero que él usa sin comillas) y ve a Borges, aquí y ahora, como un bizantino. Y la literatura que Prieto propone, aunque antes haya declarado explícitamente su apartamiento adolescente de la realidad, es un hundirse en la realidad. Para definir a los jóvenes que como él se preocupan por la situación literaria, y distinguirlos de los de 1925, señala que los individualiza *«el espíritu de seriedad»*.

Al hacer esta caracterización, olvida que si algo definió a algunos jóvenes de 1925 (Eduardo Mallea, por ejemplo) fue la seriedad y hasta la adustez. Pero este olvido es intencionado, porque Prieto ha resuelto reducir todo el movimiento *martinfierrista* a Borges y todo Borges a una actitud calculada de bizantinismo y juego. Inútil declarar que tal imagen es falsa, por parcial. Baste decir que en su análisis presuntamente total de la obra de Borges no se detiene Prieto a analizar las dos creaciones más perdurables del maestro: el lenguaje, la ironía frente a la realidad argentina. Pero éste es tema de otro trabajo.

REVISIÓN DE BORGES (Y DE PRIETO)

En las huellas de Prieto se encuentran los jóvenes que en 1955 dedican parte de una entrega de la revista *Ciudad* (2/3, segundo y tercer trimestre de 1955) al análisis de la obra de Borges. Prieto mismo es uno de los tres secretarios de redacción de la revista, pero no interviene en el número sino lateralmente: para contestar un ataque (bastante inepto) de Roy Bartholomew sobre su librito. (La contestación es, también, inepta.) Los que sí intervienen son otros: César Fernández Moreno, que ubica a Borges bien en la anécdota biográfica y literaria, pero lo encuentra frío y sin sustancia; Carlos Alberto Gómez, que está de acuerdo con Prieto en negarlo (*«no se siente ya como él, no se puede sentir»*) pero que lo ve mejor, con menos prejuicios críticos; Salvador María Lozada, que colabora con un artículo claro en que destaca la valentía política de Borges y la nitidez de sus definiciones; Alicia Jurado que estudia los relatos y apunta, sin ahondar, sus relaciones con Kafka; Juan Carlos Martelli que lo destaca sobre los demás escritores de su generación, y que precisa, mejor que Prieto, lo que separa a estos jóvenes del maestro: ahora se ve mejor que en 1925 la farsa de la Argentina visible (para usar la terminología de Mallea), ahora es fácil ser serio y sentirse responsable.

La abundancia de buenos enfoques críticos sobre Borges, dispersos a lo largo de estos artículos, no disimula que ninguno de ellos es otra cosa que un conjunto de notas para definir una posición personal, más que un análisis ceñido del creador. Y a este reproche se hace acreedor también el libro de Prieto y el de Ramos, y el artículo (o los artículos) de Murena. Hay más: en el número de *Ciudad*, y aunque se cita siempre con elogio a Prieto, se le rectifica en puntos fundamentales. Así, Fernández Moreno llama *«espléndido»* a su libro, pero todo su análisis final está dedicado a defender a Borges del cargo de bizantinismo; y Carlos Alberto Gómez

también cita a Prieto pero para mostrar su falacia de querer un Borges distinto (a su manera); y Lozada, sin citar a Prieto, pero aludiendo claramente a un juicio suyo, demuestra que no puede existir un gran escritor que sólo lo sea en su creación de lenguaje.

De este modo, el número de revisión de Borges se convierte en un número de revisión de Prieto. Es decir: de revisión de los jóvenes por ellos mismos. Porque si por algo valía el libro de Prieto era por fijar la posición de los jóvenes. Y esta posición no puede ser más clara: Borges les es ajeno. Como les era ajeno Martínez Estrada, como les era ajeno Mallea.

Más claramente aun se advierte este valor generacional del libro de Prieto en la reseña que le dedicó David Viñas (uno de los parricidas) en *Liberalis* (Nº 31/32, enero-junio, 1955, págs. 66/72). Al asumir la defensa del libro, Viñas explicita mejor que el propio Prieto lo que su ataque contiene de ejemplar: ataque a Borges y a los valores (ya caducos) de toda una generación y hasta de una clase social. Porque, subyaciendo el mediocre análisis literario de Prieto, está implícito el enfoque social que rechaza en Borges una literatura de oligarquía. Con lo que se vuelve (aunque mesuradamente) a los planteos de Ramos.

En una reseña del libro de Prieto, publicada en *Plática* (Nº 12, enero 1955) se asume precisamente el punto de vista de Ramos, con toda su exageración y violencia. El autor (Juan Carlos Portantiero) ve en Borges *«el proveedor literario de toda una 'élite', más o menos vinculada a nuestra vacunocracia»*. Más adelante agrega: *«el problema de Borges no es aislado, es el problema del escritor que traiciona a su país traicionando a su oficio. Borges ejemplifica mejor que ninguno* (*tal vez por ser uno de los más dotados de su generación) ese proceso de desvinculación del intelectual con el pueblo, en el que hay que ver la clave de la decadencia de nuestra cultura. Borges está de espaldas al hecho argentino, y eso es grave.» E*n su análisis, Portantiero comparte algunos enfoques de Prieto pero, en general, los lleva más lejos. Prieto es más equilibrado y, se advierte, tiene más pudor en usar ciertos clisés polémicos (como los citados) que podrían aplicarse contra todo escritor argentino, porque la verdad es que las masas obreras no leen a Sartre ¯tan venerado por todos¯ ni leen tampoco a Prieto o Portantiero. La literatura parricida es de estricto consumo pequeño burgués.

EL BORGISMO DE LUZ

Esta es sólo la faz de sombra, el borgismo negro. Está el borgismo de luz, que ha producido incontables trabajos. Dejo de lado uno de los más devotos, el de José Luis Ríos Patrón (*Jorge Luis Borges*, Buenos Aires, *Editorial «La Mandrágora»*, 1955, 179 págs.), porque aunque intenta ser completo y contiene mucho material aprovechable, está escrito con una mezcla de superficialidad interpretativa y tontería estilística que le quita toda seriedad. Muy superior, pero también prescindible aquí, es el de Marcial Tamayo y Adolfo Ruiz Díaz (*Borges, enigma y clave*, Buenos Aires, *Nuestro tiempo*, 1955, 170 págs.). Como ensayo de interpretación de su obra narrativa tiene indudables aciertos, y demuestra que la creación de Borges ha de generar, con paciencia y dentro de algunas generaciones, exégesis tan copiosas como la de Dante o la de Shakespeare. Pero todo su esfuerzo carece de foco. Los jóvenes críticos no consiguen dar una visión unitaria de la creación de Borges. Muestran bien algunos temas, analizan bien algunos cuentos, intentan (con regular fortuna) forjar una clave. Pero el centro de esa creación literaria y humana se les escapa. (Baste apuntar que no analizan *Funes el memorioso* para advertir hasta qué punto están despistados). Pero su libro no debe ser considerado aquí porque fracasa en lo que ahora importa: en presentar un testimonio de los jóvenes frente a esta creación. Un último capítulo, en que pretenden discutir la situación de Borges en la literatura argentina actual, es casi tan inepto como los mejores esfuerzos de Ríos Patrón y los descalifica en este terreno.

LA MÁS PENETRANTE APROXIMACIÓN

Quien ha analizado penetrantemente la obra de Borges, empezando por su situación en la literatura argentina de hoy, es Enrique Pezzoni en un artículo de *Sur* (217/218, noviembre-diciembre, 1952, págs. 101/125). Se titula *Aproximación al último libro de Borges (Otras inquisiciones)* y basta para compensar los esfuerzos de la facción negra. Más de la mitad está dedicado a despejar los errores más habituales de los negadores, y en particular los de Murena. Pezzoni empieza por declarar la hostilidad y el resentimiento que suscita esta obra; también manifiesta su fatiga ante quienes no quieren aceptar que esta obra exista para sí y quieren que sea algo para ellos. Según él, en cambio, la obra de Borges es autosuficiente y se sostiene por sí misma. Lo más perdurable de esta obra, desde el punto de vista de la situación argentina en que está inscripta, consiste en fijar una posición auténtica y profundamente original frente a la realidad y a la cultura, *«concebida ésta como una nueva realidad en el mismo nivel que aquélla, y tan vasta, tan urgente como aquélla"*.

Pasa luego Pezzoni a examinar el fundamento de los ataques de Murena y descubre que ellos se deben, sobre todo, a que éste parte de un prejuicio ético en su valoración estética. Es decir: que la crítica de Murena prescinde de toda consideración del valor literario puro de una obra y busca la enseñanza o lección que se desprende de ella. Su análisis de los poemas de Borges, falla, porque sustituye *«la relación entre el sentimiento creador y sus recursos expresivos»* por una relación *«entre el sentimiento creador y nuestro ambiente»*. O sea: que el joven crítico quiere que Borges cree su obra de acuerdo a lo que determina el ambiente y no de acuerdo a lo que determinan sus propios recursos expresivos. Para no caer en semejante falacia crítica, Pezzoni acepta que Borges abre un camino que sólo él puede recorrer y que nadie debe intentar (como todo creador auténtico, pudo haber dicho), y dedica su ensayo a mostrar qué entiende Borges por literatura y qué enseñanzas pueden extraerse de sus inquisiciones.

Lo que hace particularmente distinguido el trabajo de Pezzoni es que revela una familiaridad profunda (no superficial) con los textos de Borges, un conocimiento ahondado, pensado y discutido, de sus afirmaciones y hasta de sus contradicciones. Esta labor de lectura y relectura que ha practicado es la que omitió Prieto y la que quita toda validez crítica a su librito. También la omitió Murena, aunque su propósito era más confesadamente autobiográfico.

EL CASO IBARRA

Otra comprobación última permite el ensayo de Pezzoni: muestra que muchas de las objeciones que levantan contra Borges sus detractores (cosmopolitismo, artificiosidad, juego y hasta *flirt* intelectual, sofistiquería, hedonismo, racionalismo, desmoralización, superficialidad de su cultura y de su filosofía, falta de probidad elemental, falta de armonía superficial), esas objeciones que sus detractores reiteran, desde Anzoátegui a Prieto, desde 1933 a 1955, están todas registradas en el ensayo de uno de los más fervorosos borgistas de luz: Néstor Ibarra.

En efecto, en 1944 y en el número de octubre de *Lettres Françaises* (revista argentina, que patrocinaba *Sur* y redactaba en francés Roger Caillois) se publicó una nota sobre Borges en que se hacían todos esos reparos. Sólo que en boca de Ibarra eran elogios. Porque éste se había tomado tan en serio las ironías de Borges sobre su propia obra (prueba del pudor con que siempre ha condescendido a ocuparse de él mismo) que llegó a creer que las tales limitaciones eran otros tantos méritos y las subrayó en su artículo. Al reproducirlo como prólogo de su traducción francesa de *Fictions* (París, Gallimard, 1952), le ha dado mayor difusión y ha ayudado a perpetuar una imagen, completamente apócrifa, de Borges. El incienso se ha convertido en vitriolo.

Entre Escila y Caribdis, entre los que (como Prieto) lo destratan por defectos que no tiene y los que (como Ibarra) lo elogian por virtudes que tampoco tiene, se encuentra Borges. Sólo de tanto en tanto, un Enrique Pezzoni se toma el trabajo de leerlo íntegramente, de leerlo por dentro, para determinar su singularidad

verdadera, no la apócrifa que fabrican al unísono detractores y discípulos. Pero, por un Enrique Pezzoni, cuántos apresurados que lo ignoran y lo enjuician, cuántos devotos que se acercan para adorar en él sus propias limitaciones transferidas. Entre Escila y Caribdis, está Borges; pero no ha permanecido impasible. A diferencia de Martínez Estrada y de Mallea, que han padecido en altivo silencio los ataques de los jóvenes parricidas, Borges ha señalado en una conferencia de 1951 el camino del contraataque: no la defensa de su propia obra, que no necesita de otra defensa que su misma calidad, sino la censura de lo que yace bajo muchas de estas denuncias: un nacionalismo que no osa decir su nombre. Pero la consideración de este tema anticipa ya la línea argumental del capítulo siguiente.

CAPÍTULO IV

LA NUEVA GENERACIÓN

UN SÍNTOMA

El análisis y la demolición de la obra de Ezequiel Martínez Estrada, Eduardo Mallea y Jorge Luis Borges, que realiza la nueva generación argentina en estos últimos años, es el síntoma más evidente, aunque no el único, de una toma de conciencia de la realidad que importa ¯y no sólo la literaria¯; el síntoma de esa fundamentación, agresiva casi siempre, de un sistema de valores; de la fijación de una perspectiva generacional nueva. Ese análisis, esa demolición, presuponen algo más que el mero ejercicio de la crítica literaria. Y en realidad, quienes la practican suelen ser más creadores que críticos, estar más interesados por disciplinas como la sociología o la filosofía que por la estilística o la historia literaria. Son críticos, pero críticos alimentados en la especulación que ha producido en Francia el existencialismo y en Alemania tantas escuelas. Son críticos pero, ante todo y sobre todo, críticos de la realidad, del contorno, como les gusta decir. (La palabra aparece como título de la más violenta revista del grupo).

LA EXPERIENCIA GENERACIONAL

Para esta generación que se manifiesta en el análisis y censura de los maestros de la generación anterior (los *martinfierristas* de 1925) hay un acontecimiento que ilumina (o ensombrece) todo: la ascensión de Perón y su toma del poder en 1945. Ese es el acontecimiento generacional que gravita sobre ellos con un peso sólo comparable al del Desastre sobre la generación española de 1898. En el caso de los jóvenes argentinos que empiezan a escribir, y a ser, literariamente, hacia 1945, la revolución que representa el régimen peronista, con su inversión radical y aparatosa de valores, con la conmoción social que fomenta y hasta explota demagógicamente y que luego lo supera, con la tentación del miedo y de la subordinación que ofrece, con la segura pero no general humillación de ciertos hombres clave; la revolución que ese régimen representa, es la experiencia fundamental y a partir de ella se coagula o define la generación.

La circunstancia misma de que esa generación debe asomar a la vida literaria bajo el régimen, le impide hablar con toda claridad. Debe plantear su discrepancia o su propia estimativa, pero debe hacerlo de manera que sus palabras no puedan citarse como subversivas, de que sus actos parezcan referirse únicamente al terreno de la literatura pura. Esta ocultación, esta ambigüedad (que irrita y humilla a los más combativos) proyecta sobre sus textos una curiosa sombra. Al leerlos, el lector tiende a buscar más de lo que está explícito, quiere descifrar lo que se indica a veces por elipsis, encuentra (o pone) un significado que no puede no estar: el significado de resistencia, de oposición.

Pero de todos modos, aunque su análisis de la realidad desborde en casi todos los casos los límites de lo literario, es a lo literario a lo que están confinados estos críticos ¯como lo indica, con transparente tristeza, el planteo de León Rozitchner en su artículo sobre Mallea ya citado: *«¿Acaso no sabemos que nuestra tranquilidad actual es el precio de nuestra marginalidad, de nuestra inoperancia e ineficacia, del miedo que*

se hace narraciones y cosas faltas de interés, que no se refieren claramente a nuestros problemas ni siquiera en el orden subjetivo en el cual el escritor se complace en permanecer, porque lo interesante conduce al peligro? ¿Acaso no vivimos soslayando el peligro por medio de una «ineficacia buscada», por la huida en lo general, y en la creación de mitos que esbozan para la mala fe una salvación futura?»

Impedida de analizar con toda la necesaria crudeza la realidad argentina de Perón, con su caótica superposición de ideologías y de peculados, los jóvenes escritores se refugian (como apunta Rozitchner) en la creación literaria. También se refugian, aunque no lo apunte él mismo, en la censura de los maestros de la generación anterior. Pero este refugio los acerca más al verdadero tema, los pone (así sea lateralmente) en contacto con la otra realidad, la grande, que subyace o envuelve la creación literaria. De ahí que toda esa energía revisionista que cada generación aporta, y que suele ejercerse en todos los órdenes de la vida nacional ¯en el Uruguay es muy obvia la reacción contra la descompuesta realidad política¯, se haya concentrado fanáticamente, bajo Perón, en el análisis de la realidad literaria: la única que podía estudiarse a fondo y sin las necesarias reservas. Análisis que, por otra parte, y en muchos de los mejores críticos jóvenes, no era sino una lámina para dar por transparencia la otra realidad que oprimía y encerraba a todos.

UNA O DOS GENERACIONES

El año de Perón, ese 1945 que preparó su imposible victoria de 1946 y los largos años de su democracia justicialista, es el que marca a la nueva generación y el año elegido en este análisis para definirla. Este año, sin embargo, ha sido objetado por críticos argentinos. César Fernández Moreno ha señalado que en realidad debe considerarse la existencia de dos generaciones, ninguna de ellas de 1945: una es de 1940 y otra de 1950. Esas dos generaciones se distinguirían nítidamente por la fecha de su aparición. Ya en 1940 actúan Daniel Devoto y Alberto Salas, el mismo Fernández Moreno; su grupo se expresa en revistas como *El 40* (de título tan obvio, y en la que León Benarós y Fernández Moreno insisten sobre el tema de las generaciones) y como *Buenos Aires Literaria* (fundada en 1952 y dentro de una línea ya trazada por S*ur).* A los jóvenes de ese grupo, la revolución peronista los encuentra ya formados y en la primera etapa de su obra. La actitud frente a Perón es, en su mayor parte, de rechazo. Se encierran para crear, y muchos hasta dejan de publicar o publican espaciadamente.

El otro grupo se manifiesta según esta teoría, hacia 1950, y es el que alimenta a los revisionistas de ahora, a los *parricidas*. Este grupo fue sacudido por la victoria de Perón cuando estaba formándose y todavía no había descubierto el rumbo. Su núcleo lo constituyen alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Se agrupan en revistas como *Verbum* cuyo último número (el 90, agosto 1948) contenía ya un largo, larguísimo artículo de H. A. Murena: *Reflexiones sobre el pecado original de América* (pp. 20/41), verdadera semilla de la serie que recogerían *Sur* y *La Nación*, y que cristaliza en el libro homónimo de 1954. En ese número de *Verbum* se encuentra también el origen de las especulaciones de Rodolfo Kusch, que luego habrían de dar tan desmesurados frutos, y hasta una antología de *Poetas del Río*, en que junto a las voces argentinas más interesantes de la nueva generación aparece uno de los más espléndidos poemas de la poetisa uruguaya Idea Vilariño.

La muerte de *Verbum* (fénix no demasiado frecuente) se vio compensada en noviembre de 1951 con la fundación de *Centro*, por los mismos estudiantes. Pero ya eran otros. Murena había pasado a colaborar en los órganos de la generación de 1925. Aunque era allí una fuente de escándalo (sus *Penúltimos días* de *Sur*, suerte de diario literario y criticón, aparecían siempre acompañados de *Antepenúltimos días* y otras variedades polémicas a cargo de los damnificados), Murena se encontraba al comienzo de un proceso que acabaría por consagrarlo y, luego, anularlo. *Centro* sobrevive con lapsos, desde 1951 hasta hoy (el último número, el 10, es de noviembre 1955). En la publicación van apareciendo Ramón Alcalde (que también habría de colaborar en *Buenos Aires Literaria*), David Viñas, Noé Jitrik, Adolfo Prieto, Ismael Viñas, León Rozitchner, Juan José Sebreli, Martín Campos. Es decir: el equipo que luego fundaría *Contorno* o que integraría *Ciudad*.

UNA GENERACIÓN

Las dos generaciones, según este análisis de Fernández Moreno, que confirma (desde la otra banda) una carta particular de Ismael Viñas, aparecerían claramente delimitadas, y hasta por las revistas que fundan. Pero la realidad no es tan geométrica, ni las generaciones se producen a intervalos de diez años. La realidad reconoce generaciones dominantes y generaciones complementarias. La llamada generación de 1940 (ó 41) es, en cierto sentido, nada más que un grupo de epígonos de la de 1925: más jóvenes y distintos, pero que aceptan sin discusión a los maestros, o sólo les oponen reparos laterales. No van a establecer un sistema propio de vigencias; van a trabajar en las rutas ya marcadas, y aunque lo hagan con originalidad (como Julio Cortázar, por ejemplo) lo harán sin conmover, sin destruir hasta los cimientos el edificio levantado por la generación anterior. Basta ver los artículos que Devoto dedica a Borges o el trabajo de Fernández Moreno sobre la poesía argentina (en *Cuadernos Americanos,* Año v, vol. XXIX, México, 1946 p. 230/54) para descubrir esta actitud básica.

Es el grupo del 50, en realidad, el que asume toda la responsabilidad de plantar, desde las raíces mismas, el nuevo sistema de vigencias; que ataca buscando llegar al fondo; que remueve las estructuras externas; que se aparta de los caminos trazados; que pone en cuestión la literatura, empezando por el concepto mismo de literatura y concluyendo con el concepto de escritor y su validez social. Para este grupo hay que empezar de la nada, a partir de cero (como dice el título de una de sus revistas). Y es esta actitud lo que lo define como generación nueva: una doble actitud visible en la crítica y en la creación.

¿Debe aceptarse entonces la existencia de la generación del 50 y negarse la del 40? No lo creo. En realidad, el análisis debe ser llevado un poco más lejos. El grupo del 40 no produjo sólo epígonos. Muchos de los que empezaron como tales fueron a tal punto conmovidos por la revolución peronista que debieron empezar por plantearse de nuevo los términos de la realidad en que estaban insertos, y no sólo de la realidad literaria. Hubo los que escaparon a Europa o a los Estados Unidos, para fortalecer su concepto de la cultura y de la obra literaria con otra prueba de fuego. Pero hubo los que se quedaron y siguieron trabajando. La inclusión de un trabajo de Fernández Moreno en el número de *Ciudad* dedicado a Borges (2/3, segundo y tercer trimestre de 1955) es buena prueba de la comunicación de estas dos supuestas generaciones, y cómo un integrante de la primera, y de los más empeñados en caracterizarla, puede aparecer sin violencia entre los de la segunda, y en una empresa que parece exclusivamente suya: el revisionismo polémico. También es ejemplar el caso, simétrico, de Ramón Alcalde colaborando en *Buenos Aires Literaria*. Otro ejemplo. Al comentar Cortázar el *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal (en *Realidad*, Nº 14, marzo-abril 1949, pp. 232/38) asume un punto de vista favorable, aunque con nítidos reparos, que es antecedente del que expresarán sobre el mismo libro Murena y los colaboradores de *Contorno*. (Véase el artículo de Noé Jitrik en esta revista, Nº 5/6, noviembre, 1955, pp. 38/45.).

Podría probarse, de este modo, que muchos de los que se asoman a la vida literaria hacia 1940 van a ir a integrar el mismo movimiento de los que sólo se asoman a la literatura en 1950. Pero el análisis debe ser proseguido desde otro ángulo. En la generación de 1950 se encuentra a mucha gente que había empezado a actuar antes de 1950. El caso Murena es el más claro. Ya en 1948 Murena era un nombre que contaba en las letras argentinas contemporáneas, a tal punto que todo análisis de la nueva generación (como éste) debe empezar por él. Murena es el punto de partida. Y sin embargo, Murena es sólo cuatro años más joven que Fernández Moreno (nació, con el nombre menos llamativo de Héctor Alberto Álvarez, en 1923) y su primer libro data de 1946.

La existencia de dos generaciones parecería evidente si se toman como puntos de referencia los extremos: César Fernández Moreno (del 19) es diez años mayor que David Viñas (del 29). Pero en la realidad, las cosas se dan de otro modo. Una generación está compuesta de individuos de distintas edades. En el caso de la uruguaya de 1900, tan ejemplar y claro, hay una distancia de 18 años entre Javier de Viana (1868) y Delmira Agustini (1886). No puede ser la diferencia de años únicamente lo que determina la escisión en generaciones. Hay que buscar más hondo.

EL AÑO CLAVE

Y al buscar se encuentra precisamente a Perón y con él una fecha: 1945. Ese año es el año clave, el que marca la separación de los jóvenes. Unos se van a encerrar en sí mismos, a cultivar su jardín, cada vez más desinteresados de la realidad circundante; van a viajar a Europa, van a medir endecasílabos, van a repetir las fórmulas aparentemente escapistas de Borges. Otros se van a hundir en la realidad, van a recorrer su contorno, van a querer llegar a la raíz. Esos dos grupos (independientemente de que hayan asomado a la vida literaria en 1940 o en 1950) son los que determinan la existencia de una generación, y no de dos: la nueva promoción argentina. La he llamado de 1945 porque esa fecha marca el acontecimiento generacional, del mismo modo que 1898 marca el acontecimiento generacional de los jóvenes que, al cambio del siglo, ponen en cuestión la realidad española.

POLÉMICA INTERGENERACIONAL

Al estudiar el juicio que la nueva generación argentina instaura a sus maestros (o *padres*, como los llamó para siempre Murena) traté de mostrar, sobre todo, lo que podría llamarse la constante generacional: la actitud de crítica y de rechazo, o de aceptación condicionada. Así pudo verse cómo Martínez Estrada representa el punto de partida, la toma de conciencia de la realidad; cómo Mallea representa una fórmula (la Argentina visible y la invisible) que por su facilidad, por su retórica, era negada unánimemente; cómo Borges provoca la escisión de sus lectores en fanáticos blancos y negros, igualmente enfervorizados en reducirlo a las proporciones de la concepción literaria de cada uno: unos lo erigen en arquetipo literario; otros sólo ven la (imaginaria) oligarquía ganadera que lo sustenta.

Esa constante generacional está por encima de las discrepancias de juicio que se indicaron en cada caso y que servían para matizar mejor cada crítica, cada objeción. Pero ahora, con los ojos vueltos sobre la generación misma, conviene tratar de mostrar no lo que une a este grupo de parricidas sino qué los separa. Porque no todo es acuerdo entre los jóvenes, y para decirlo con palabras de uno de ellos: *«de no ser por el fenómeno Perón, andaríamos a los tiros entre Contorno y Ciudad»*.

En efecto, aunque estén de acuerdo en señalar cuáles son los escritores argentinos que importan, los jóvenes no están de acuerdo en todo lo demás. La más fácil distinción es la que puede establecerse entre las dos revistas que han promovido el repaso de Martínez Estrada. Ya se ha visto la genealogía de *Contorno*: un grupo de estudiantes de filosofía y letras que funda *Centro* (como continuación de *Verbum*), va a dar origen a la nueva revista, bajo la dirección de David e Ismael Viñas. *Ciudad* la funda otro grupo que inspira, en parte, Adolfo Prieto (también de *Centro*) y que tiene por director a Carlos Manuel Muñiz, que fue subsecretario del Interior en el gobierno revolucionario. *Ciudad* está más cerca de *Buenos Aires Literaria*, y no sólo por la semejanza de sus títulos: está más cerca de esa actitud conciliadora con la generación anterior, menos dispuesta a quemar las naves, a hundir la mirada hasta el fondo. La circunstancia de que Ismael Viñas haya colaborado en el número de *Ciudad* sobre Martínez Estrada es, seguramente accidental, y producto del tema. La actitud general de *Ciudad* es más la de una revista literaria, y no está totalmente lejos de *Sur*, aunque ostenta un matiz católico que ésta no tiene.

Contorno, en cambio, está más cerca de ser una revista de cultura general, como *Les Temps Modernes*: una revista en que lo literario es estudiado más como fenómeno revelador de la realidad que como realidad autónoma. Detrás de los ensayos, tan penetrantes, escritos con tanto vigor polémico, de sus colaboradores, se advierte la visión sociológica o filosófica predominante. Y también, y sobre todo, la visión política. Porque los jóvenes que hacen *Contorno* hacen también política, una política antiperonista, pero no en el sentido convencional con que se concibe el antiperonismo. Si algo los caracteriza en su actitud política, es la aceptación total y sin remilgos de las lacras de una realidad que hizo posible a Perón. Su rechazo de los puros, de los incontaminados (de Mallea, de Martínez Estrada en parte) es el rechazo de quienes se saben culpables y no quieren sustraerse al castigo. Antes bien: salen a su encuentro.

Dentro del núcleo mismo de esta generación hay pues tendencias claramente distintas. *Contorno* y *Ciudad* las ejemplifican, aunque no son las únicas. En los últimos años del régimen de Perón aparecieron, además de las ya nombradas, otras revistas de los nuevos. *Letra y Línea*, por ejemplo, fue fundada en octubre de 1953, y también manifestó su actitud revisionista exaltando a Roberto Arlt o combatiendo a Mallea (en un artículo de Alberto Vanasco que anticipa el parricidio), discutiendo a poetas como Bernárdez y (también) combatiendo con otros grupos dentro de la misma generación. (Hay una polémica portátil entre Aldo Pellegrini y Osiris Troiani sobre el superrealismo que empezó en *Capricornio* y se prolongó hasta *Contorno*). También el grupo de izquierda tuvo su revista: *Capricornio*, que exaltó puntualmente a Pablo Neruda con motivo de sus cincuenta años. Esta publicación tuvo como nota más característica una clara militancia en la política antiimperialista hispanoamericana, aunque esa militancia pudo ser sospechosa de simpatía hacia la U.R.S.S.

Estas revistas (y otras como *Espiga* y *Poesía Buenos Aires* y *Las ciento y una*) contribuyen a completar el cuadro generacional. Desde el punto de vista aquí asumido, interesan sobre todo por mostrar las distintas corrientes dentro de la misma generación: esas corrientes complementarias y contradictorias que dan la tónica variada del grupo, ya que (como bien observó Pinder) *«la unidad de problemas, como fórmula para una comunidad generacional, no excluye en modo alguno la tensión ni los antagonismos más vigorosos: antes bien hasta requiere la posibilidad de su existencia»*.

EL CASO MURENA

Pero tal vez el ejemplo más elocuente de lucha intergeneracional lo proporcione el caso Murena. Ya se han anticipado algunas líneas del mismo: ahora conviene examinarlo en su totalidad. Mírese un poco la cronología. En 1946 Murena publica en volumen su *Primer Testamento*, confesión retórica y autobiografía, su punto de partida. En 1948 (junio-julio) inserta su primer trabajo en *Sur*: contra Borges y la poesía de la generación de *Martín Fierro* (1925). En agosto del mismo año sale *Verbum* con el primer esbozo de su teoría sobre el pecado original de América. De *Sur*, Murena salta a *La Nación* (que lo publica en la primera página), a *Realidad*, revista de ideas que dirigía Francisco Romero y que publica, también como cabeza de número, su artículo sobre *Los parricidas: Edgar Alan Poe* (set.-dic. 1949). Murena ha conquistado, en poco más de un año, los baluartes de la generación de 1925, contra la que (en apariencia) dirige sus análisis. ¿O habría que decir: la generación de 1925 ha conquistado a Murena? Parece el caso de las moscas y el papel matamoscas que contaba John Steinbeck en *The Moon is Down.*

A partir de sus ensayos sobre el pecado original de América, Murena se ha orientado cada vez más hacia la creación. En 1953 publica una obra de teatro: *El Juez* (Buenos Aires, *Editorial Sudamericana,* 355 págs.) y en 1955 una novela: *La fatalidad de los cuerpos* (Buenos Aires, *Editorial Sur,* 249 págs.). Había publicado también un volumen de poemas, pero sin la resonancia de estas obras. Y es precisamente la aparición de la primera de estas creaciones, y no la del volumen de ensayos de 1954, la que determina que la nueva generación se vuelva sobre Murena y empiece su demolición: lo que podría llamarse el fratricidio.

El juez es la piedra de toque. Murena lo publica (y en una de las mayores editoriales) en octubre de 1953. Al mismo tiempo inserta dos artículos en *La Nación* (noviembre 29 y diciembre 13, 1953) en que estudia el caso de Florencio Sánchez y adelanta su teoría de que el teatro nacional sólo puede construirse sobre el *«lenguaje del vos»* y se debe romper la incomunicación y el silencio que pesa, metafísico, sobre el hombre americano. Con una perfecta sincronización, Murena adelanta la teoría y la práctica de un nuevo teatro nacional. Con no menos perfecta sincronización, dos integrantes de la nueva generación, se lanzan sobre El *Juez* (qué título profético) para juzgarlo. Y cómo.

León Rozitchner en el número 8 de *Centro* (julio 1954, págs. 16-32) ataca sobre todo lo que le parece la falsedad esencial de Murena; instalar su acción en 1942, cuando lo que hacía falta (si hacía falta) era plantear el problema ético en este 1953 impregnado de peronismo. La tesis de Rozitchner es la misma que reaparece en el artículo de 1955 sobre (o contra) Mallea: el temor del escritor argentino por decir cosas

importantes sobre las cosas importantes, la marginalidad impune en que se coloca, el cuidado por no tocar lo vedado. Es cierto que Rozitchner le hace otros cargos a Murena, pero éstos son los que llegan mejor al blanco. Desde otro ángulo, y antes, ataca Ramón Alcalde en *Buenos Aires Literaria* (Nº 17, febrero 1954, páginas 1-22). Con una precisión que jamás tendrá Murena, con una claridad mental que revela al especialista, Alcalde analiza la teoría lingüística de Murena y demuestra que éste parte de una intuición afectiva de las diferencias entre el *«lenguaje del vos»* y el *«lenguaje del tú»*. Demuestra, entre otras cosas, que no hay tales lenguajes opuestos sino uno solo y que las diferencias que establece retóricamente Murena son las diferencias entre el lenguaje hablado y el escrito (diferencias que, por otra parte, no anulan al gran escritor). No es posible seguir aquí al detalle el análisis incisivo de Alcalde; baste señalar que la nitidez de su examen reduce a nada las pretensiones metafísicas de Murena.

Estas dos críticas son ejemplares de la actitud general del grupo contra Murena. No se le niega valor ni se le disminuye importancia, pero no se aceptan sin examen sus divagaciones ni se tolera que una intuición brumosa y hasta mística, la suya, pase por descripción adecuada de la realidad. Aunque de hecho estos jóvenes han continuado por la senda revisionista que abrió Murena con sus críticas, están muy lejos de acompañarlo. Si se exceptúa a Solero (que lo respeta y en parte lo sigue) y a Rodolfo Kusch (que padece de la misma elefantiasis retórica aunque sin el alivio de una formulación poética), todos los jóvenes están contra Murena o al margen de Murena. Hay aquí mucho de la antipatía que despierta el que ha llegado, el triunfador; pero hay también mucho de la discrepancia de los que no quieren substituir una retórica (Martínez Estrada o Mallea o Borges) por otra. Al decir *no* a Murena, los jóvenes argentinos dicen *sí* a una visión más lúcida y detallada de la realidad, dicen *sí* a un escrutinio detenido de todos los valores salvables, dicen *sí* a una creación que no sea solo, como la de Murena, producto del entusiasmo y del énfasis. Y también, es claro, dicen *no* a ese ablandamiento de la función crítica que es cada día más perceptible en Murena y que, en su artículo semilaudatorio sobre *Chaves*, se pone en evidencia.

La única voz importante que se ha levantado para defender a Murena de los ataques de Alcalde, es la de Juan Adolfo Vázquez que señala (en una nota marginal aparecida en *Sur*, Nº 232, enero-febrero 1955, pág. 59) que no es lícito considerar las tesis lingüísticas de Murena como si fueran teorías científicas; hay que considerarlas como mitos o profecías. El argumento es ingenioso pero reduce la pretensión de validez general de Murena a los más estrictos términos autobiográficos. La visión de la realidad americana de Murena (ese tan traído y llevado pecado original) se convierte en metáfora ¯aunque escriba mejor en prosa que en verso es poeta por su actitud¯ y sólo sirve para su propio mundo personal. Dejemos en este punto, por ahora, el caso Murena. De adalid y casi *fuehrer* de su generación, Murena ha pasado a ser ahora un poeta aislado, hermético e incomunicado.

ÚLTIMA RESERVA

Aunque para determinar objetivamente la existencia de una nueva generación basta con documentar (como aquí se ha hecho) su renovación de valores, la estimativa que aporta y pretende imponer, conviene decir también esto: una generación que se limite a teorizar su novedad, a demoler con vistas a una fastuosa reconstrucción siempre futura, sólo existe para la historia literaria (o, apenas, la crónica). No para la literatura. Gran parte de las rebeldías de la generación de 1925 contra Leopoldo Lugones y los pontífices locales del modernismo, no tuvo otra justificación que el afán adolescente de censura y hasta diatriba personal. Si estos parricidas de hoy se limitasen a ejercer el terrorismo, entonces lo que pudiera haber de constructivo y creador en su actitud crítica pasaría a convertirse en proyecto, cada día más desmentido por el tiempo.

Pero muchos de los jóvenes de la nueva generación ¯parricidas o no¯ ya han empezado a producir, y paralelamente a su obra de crítica, una de creación en que el ímpetu demoledor asume la forma de ensayos, cuentos, novelas, largos y cortos poemas, teatro. Sus obras ya están creándose y hasta publicándose. No sólo Murena o Kusch tienen libros. Los tienen, éditos o casi, David Viñas y su hermano Ismael, Adolfo Prieto y León Rozitchner, Noé Jitrik y Ramón Alcalde. Es esta obra (buena o mala) la que en definitiva servirá para decir

la última palabra sobre ellos; esta obra la que los salvará o perderá; ella la que ha de permitir ¯aunque no como ahora, y desde un ángulo muy distinto al escogido aquí¯ el verdadero juicio de los parricidas. Pero entonces, ya no valdrá la pena hablar de parricidio sino de creación. Y habrá de sustituirse la crónica de este grupo por el análisis literario de su obra.

Con esta imagen se debe cerrar por ahora el examen de la generación. En el momento en que ésta irrumpe con sus negaciones y afirmaciones, sólo cabe registrar las líneas generales de su acción y el rumbo de sus valoraciones. Otra ocasión, más dilatada y futura, permitirá examinar su obra de creación, separar la paja del grano, ver qué queda de tanta agitación parricida.

CAPÍTULO V

LA OTRA ORILLA

NUEVA PERSPECTIVA

Quedaría por practicar un último análisis sobre esta generación: el análisis que partiera de los mismos autores que ellos han cuestionado; el análisis desde los maestros ejecutados. O dicho de otro modo: corresponde contrastar la imagen que los jóvenes argentinos han dado de sus maestros, con la que estos maestros ofrecen para otra perspectiva, no tan *engagée*. Aquí debe declararse y aceptarse la necesaria cuota personal que una confrontación de este tipo presupone. Por lo mismo, conviene adelantar algunas precisiones.

Para la generación uruguaya a la que pertenezco, algunos de estos maestros de la joven generación argentina son también sus maestros. No es necesario recordar al lector uruguayo lo que significa aquí Borges. Ya en 1944 se publica en *Marcha* un artículo sobre *Borges poeta*; y cuando Murena inserta su primer ataque y Mastronardi intenta desde *Sur* una defensa, el semanario se hace eco de la discusión y aporta su punto de vista. (Véase el número de febrero 25, 1949) . Borges ha sido en el Uruguay, y para la generación coetánea a esta argentina, una piedra de toque. Ha habido borgistas y antiborgistas, tan fervorosos, tan incoherentes, como los de la vecina orilla. El curioso puede rastrear en la colección de *Marcha*, las huellas de una polémica que no ha cesado. También valdría la pena revisar *Clinamen y Número.* (En esta última, Nos. 13-14, marzo-junio, 1951, págs. 163-64, hay una lúcida refutación de los planteos de Ramos, a cargo de Carlos Martínez Moreno.).

En otro plano ha interesado Eduardo Mallea. No ha sido polemizado como Borges pero ha sido leído y ha sido imitado. Su huella literaria puede encontrarse en narradores de la nueva generación, como Mario Arregui o como Mario Benedetti. Esa influencia no es unilateral (como la de Borges sobre los borgistas) pero no es menos perceptible en ciertas construcciones, en los giros de un lenguaje moroso; es una influencia en receso, por otra parte. Pesa sobre el primer Benedetti v sobre el primer Arregui. También pesa sobre algunos textos iniciales de Martínez Moreno.

En el renglón crítico escasean las muestras del interés suscitado por Mallea, pero las que hay son evidentes. Así, por ejemplo, Benedetti destaca *La bahía de silencio* en uno de sus ensayos más elaborados, sobre *Los temas del novelista hispanoamericano* (en *Número*, 10-11, setiembre-diciembre 1950), y en la misma revista examina las últimas novelas de Mallea con atención vigilante. Por su parte, Carlos Real de Azúa ha practicado un análisis, el más exhaustivo hasta la fecha, del mundo mental de Eduardo Mallea: *Una carrera literaria* (en Las *Entregas de La Licorne*, N° 5/6, setiembre 1955, págs. 107-34). Su trabajo parte, como el de Rozitchner, de una consideración de Mallea y el contorno en que está inserto; pero, a diferencia de Rozitchner, que escribe desde otra altura generacional y desde otro nivel social, Real de Azúa encara a Mallea con simpatía. Hay una conexión profunda entre los intereses mundanos, religiosos y hasta literarios de Mallea y Real; para éste, el escritor argentino fue una revelación, una de esas lecturas que ayudan a situarse frente al mundo propio, y eso es lo que queda tan bien dicho en su análisis. Pero Real también supera la perspectiva de discípulo para contemplar a Mallea, sobre todo el de los últimos quince años, con toda lucidez y rigor.

Su análisis no es estrictamente literario y de ahí que falte (lamentablemente) una caracterización del arte narrativo de Mallea; pero es muy penetrante en todo lo que tiene que ver con la situación de este escritor en el contorno argentino. Lo que no molesta a Real es lo que no puede ver por su propia posición social: lo que hay de falso señoritismo, de apócrifa educación por institutrices inglesas, en Mallea. (Tampoco ven lo apócrifo, aunque les choca, los que escriben como Rozitchner desde otro nivel social y aceptan como buena toda la moneda fabricada por Mallea para dorar sus orígenes) .

De los tres maestros, Martínez Estrada es el que menos resonancia ha tenido en esta orilla. Aunque puede invocarse un largo artículo de *Marcha* contra su audaz *Panorama de las Literaturas* (Nº 372, marzo 21, 1947) en que sin embargo se dejaba bien a salvo la obra anterior y sobre todo la *Radiografía de la Pampa*: aunque puede señalarse la discrepancia de opiniones entre la página literaria y la última a propósito de los méritos reales de *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*; aunque hay un penetrante análisis de Real de Azúa con motivo del *Sarmiento* (en *Escritura*, N° 1, octubre, 1947) y hasta un comentario detenido sobre el *Hudson* (en *Marcha*, Nº 638, setiembre 5, 1952), parece indiscutible que Martínez Estrada, por la índole radicalmente argentina de sus planteos, ha tenido menos eco que Mallea y que Borges en este lado del Plata. Pero lo ha tenido. Y es lo que importa ahora.

CRÍTICA Y CRÍTICA LITERARIA

Para nuestra generación, los maestros de la nueva generación argentina son también maestros. Pero la perspectiva desde la que se les contempla aquí es otra. Ya alguien debe haber descubierto que la distancia en el espacio equivale (en literatura, al menos) a la distancia temporal. Borges y Mallea, por estar enfrente, están más lejos de nosotros que de nuestros coetáneos argentinos. A nuestra mirada ofrecen una imagen en que muchos de los accidentes de su obra carecen de interés y en que se destacan sobre todo las grandes líneas esenciales. De ahí que, al cotejar lo que los jóvenes argentinos dicen de estos maestros con lo que aquí se ha dicho (o pensado), se advierte una diferencia que merece explayarse con cierto detalle.

Es evidente, para empezar por Martínez Estrada, que a los jóvenes argentinos les interesa demasiado la verdad o error de los planteos de este profeta del apocalipsis (*su* apocalipsis, no el nuestro) para advertir otras cualidades no menos importantes y perdurables de su obra. En el análisis de Martínez Estrada a que se han dedicado, falta casi por completo la mención del estudio sobre Hudson, uno de sus libros más luminosos y mejor compuestos del punto de vista poético, un libro que intenta una nueva forma de biografía. Del mismo modo, el examen de los indudables valores literarios de Mallea, del mérito de algunos de sus libros (*La bahía de silencio,* en su casi totalidad), ha sido sustituido por el de su ideario y de la retórica de su mensaje. No por el análisis de su retórica novelesca. De este modo, todo lo que es perecedero en Mallea, y que se hundirá con su época, ha sido escrutado, y nada de lo que salvará parcialmente a sus novelas (a pesar del señoritismo, a pesar de las apócrifas institutrices, a pesar de las angustias elegantes) ha sido examinado. Tanto Martínez Estrada como Mallea necesitan todavía ser estudiados como creadores.

Más complejo es el caso de Borges. No faltan análisis literarios y algunos muy buenos, como el de Pezzoni o los de Tamayo y Ruiz-Díaz ya mencionados. Pero falta todavía el análisis total, el que estudie a fondo el análisis satírico de la realidad argentina que se encuentra en los ensayos, en los cuentos y en los apócrifos de Borges; falta el estudio sobre la creación del lenguaje en su vasta obra, y no se ha hecho (en la Argentina al menos) el estudio de la unidad central de este mundo y de este creador. (Hay un intento uruguayo en la revista *Número,* Nº 27, diciembre, 1955, págs. 124-157, del que no me corresponde hablar). Para los jóvenes, es más importante la situación de Borges con respecto al contorno argentino que la situación de Borges con respecto a su propia creación. Es como si, al estudiar a Shakespeare, el crítico se redujera a escudriñar lo que hay en él de isabelino o de sajón, o de representante de la burguesía ganadera de Stratford.

En una conferencia de 1951 que se titula El *escritor argentino y la tradición* (está reproducida en *Sur*, Nº 232, enero-febrero 1955) atacó Borges este tipo de crítica literaria que empieza por pedir al creador que demuestre ser argentino o zulú. Su provocativo análisis de las falacias del nacionalismo literario iba enderezado contra Murena y su tesis sobre la poesía martinfierrista, e involucraba también una autorrectificación: Borges renegaba de su nacionalismo de 1925. En uno de sus párrafos, comenta sus intentos juveniles de dar lo nacional poblando los textos de palabras locales y señala el fracaso de los mismos; también señala el paradójico triunfo de lograr lo nacional, el sabor de lo nacional, no la apariencia, en cuentos de su madurez que ocurren en lugares exóticos. Pero el texto de Borges sirvió para algo más que para contestar a Murena; sirvió como provocación para Adolfo Prieto, que en nombre de la nueva generación recogió el guante y se lanzó en un artículo, luego en una conferencia y finalmente en un librito, a situar a los nuevos frente a Borges y a situarse.

El equívoco subsiste. Porque lo que resulta evidente en el malentendido Borges-Murena-Prieto es otra cosa: la nueva generación argentina no está dispuesta a ejercer la crítica literaria como una actividad pura y aséptica. A los nuevos no les interesa el valor literario por sí mismo: les interesa en relación con el mundo del que surge y en el que ellos están insertos. De ahí que sus análisis omitan por lo general lo literario esencial, e incursionen por las zonas adyacentes de la política, de la metafísica y hasta de la mística. Incursiones en busca de su realidad, no la de sus maestros.

LA OTRA ORILLA

Esto marca otra separación con el concepto de la crítica tal como se la ejerce en esta orilla. Es innegable la existencia de una generación uruguaya de crítico literarios. Y sobre todo, de críticos literarios que conocen la crítica y sus técnicas, que han estudiado y estudian su teoría. Esto no quiere decir que ignoren las relaciones de la crítica literaria con las restantes disciplinas de la cultura, pero su especialización les permite el necesario deslinde previo. Tampoco quiere decir que falten aquí quienes se asoman a la crítica literaria desde otros campos (y casi siempre con resultados funestos). Pero esta actividad es secundaria, y no tiene peso en el conjunto.

Paradójicamente abundan en las letras argentinas de hoy críticos literarios de sólida formación erudita y dedicados casi exclusivamente al análisis y exploración del pasado argentino que cuenta. Por importante que sea su labor para mantener la continuidad de la cultura y la tradición literaria, por importante que sea su aporte a la elucidación de temas hoy también vigentes, su labor se ejerce al margen del cuadro que aquí se ha explorado. Muchos de ellos han explorado y previamente el mismo territorio que cubren con sus análisis los parricidas. Pero hay en su actitud equilibrada, de pura valoración estética, un matiz que hace inaprovechables sus planteos y conclusiones. Inaprovechables, aclaro, para esa tarea de fijación de un nuevo sistema de vigencias. Porque su enfoque es demasiado general (o particular) y jamás está referido a la situación vital del que juzga, como lo está, de manera intensa, comprometida, el juicio de los parricidas. En su puro valor crítico esta obra tal vez sea más perdurable; pero en su valor social y polémico ¯y de esto se trata ahora¯, esta crítica no afecta para nada el cuadro. Y aquí se ve la última diferencia con la generación de críticos uruguayos de hoy. El planteo revisionista está hecho en esta orilla por quienes suman el ímpetu parricida y la formación erudita. Pero el desarrollo del tema llevaría demasiado lejos: a otro trabajo.

La distancia y la misma formación, separan a los críticos de esta orilla de los de la vecina. Éstos están inmersos en una realidad, la padecen y tratan de superarla. Desde la otra orilla, la contemplación (vitalmente interesada pero objetiva) es más fácil. Por creerlo así, se ha trazado este panorama que ahora llega a su término. Por creerlo así, y como un intento de restaurar el diálogo entre ambas márgenes sobre una base segura."

"Nota:
Esta obra fue publicada originariamente en el semanario montevideano Marcha, *en cuatro entregas: diciembre 30, 1955; enero 13, enero 27 y febrero 10, 1956. Se ha conservado la distribución original de los capítulos, aunque con algún retoque; el texto ha sufrido pequeñas variantes que eliminan repeticiones y aportan algunos datos* complementarios.

E. R. M.

Montevideo, marzo 23, 1956."